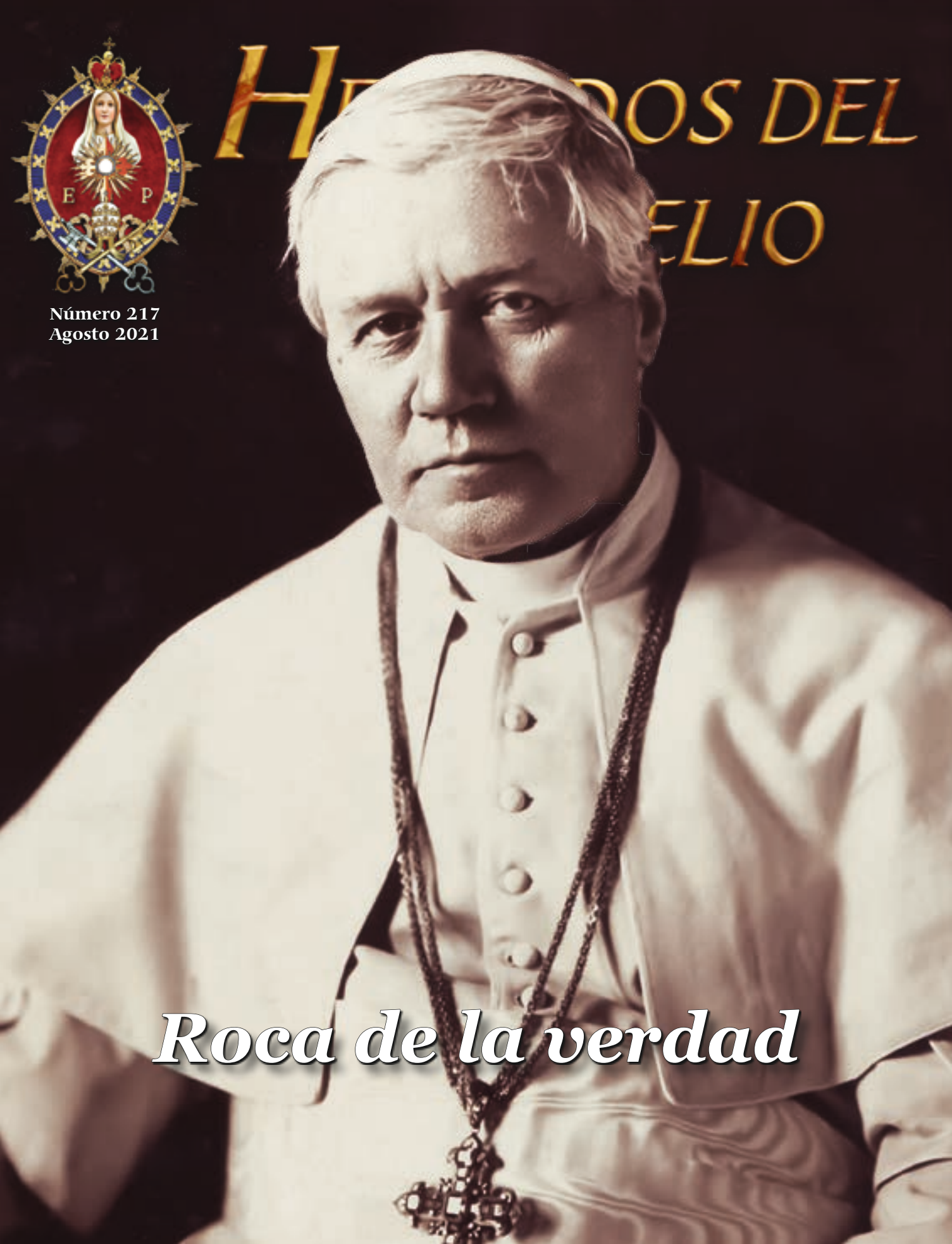
HE[illegible]ROS DEL [illegible]ELIO

Número 217
Agosto 2021

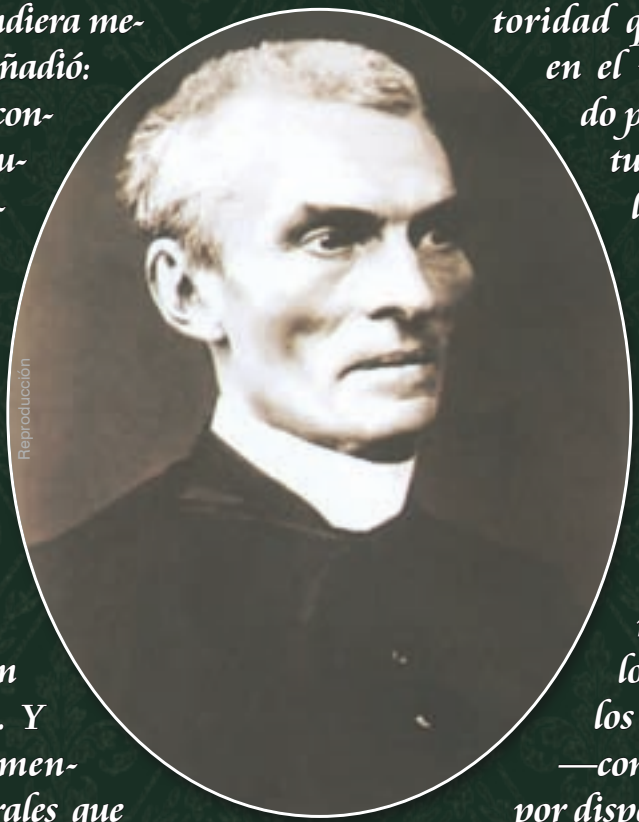


Roca de la verdad

«Tengo para con vosotros un afecto de madre»

«En los otros superiores encontraréis padres —decía en cierta ocasión el Beato a sus religiosos—, en sus sucesores tendréis jefes; únicamente en el fundador tendréis una madre… Sí, yo tengo para con vosotros un afecto de madre».

Y para que se entendiera mejor su pensamiento añadió: «Oíd bien esto, me confunde decirlo. Los superiores fundadores reciben la verdad por impresión, en virtud de una gracia especial de estado, no sólo en lo referente a las cosas puramente materiales, sino también en aquello que está relacionado con los propios hombres. Y esto independientemente de las luces naturales que puedan tener. Así, mis queridos hijos, es lo que veo en vosotros de manera clara, como la luz del día; considero lo que os falta y lo que poseéis, pero solamente, lo confieso, con respecto a la vocación, ya que vuestros defectos personales no quiero verlos demasiado o al menos no los procuro, con el fin de amaros como la oveja a su hijito, aunque fuera feo, con tal que sea un corderito».


Reproducción

Pero ¿cómo retratar, incluso aproximadamente, al que ha sido una autoridad que, fundamentada en el instinto divino dado por las luces sobrenaturales, también tuvo los secretos del amor materno y, a semejanza de este, supo sacar de sus aparentes fragilidades el más poderoso modo de actuar? Bondadoso con todos, el P. Eymard parecía serlo excesivamente con los suyos, mas no tanto —como se podría creer— por disposición natural, sino por principio de gobierno y por motivos de virtud.

O Bem-aventurado Pedro Julião Eymard. Rio de Janeiro: Livraria Eucarística, 1953, p. 504.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XIX, nº 217, Agosto 2021

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Guatemala
27 av. 2-36 Bajada a Colonia San Lázaro,
zona 15, frente Apartamentos Las Pilas.
Tels: (502) 2246-0000
mailing.admongt@gmail.com

El Salvador
Calle el Picacho, No 27,
Sierras de Santa Elena. Antiguo Cuscatlán.
Tel: (503) 2278-4542
salvafat@gmail.com

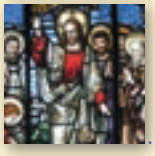
Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores 4

Roca de la verdad y piedra de tropiezo (Editorial) 5

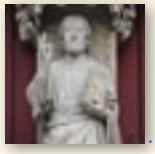
La voz de los Papas – Una falsa concepción de la vida y de la moral 6



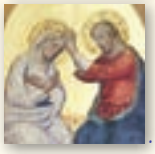
Comentario al Evangelio – El momento de la definición 8

Mártires en el siglo XXI 16

La gesta del capitán Palacios – Ante los enemigos de la Iglesia, ¡fidelidad y ufanía! 18



Sólo cuando seas víctima… 23



¡Reina de Dios y de los hombres! 26

San Pío X – Gran Papa en la Historia, gran santo en la Iglesia 30

La ley natural – La ley escrita más antigua 34

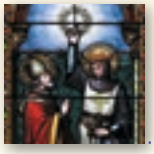
Un cantor de Dios en pleno Humanismo 38

Una lamparita a los pies del Sagrado Corazón de Jesús 40

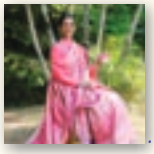
Heraldos en el mundo 42

Sucedió en la Iglesia y en el mundo 44

Historia para niños... – «¡No cambies el amor paterno por el mal!» 46



Los santos de cada día 48



En la India, un vestido de luz y esplendor 50

Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: **revistacatolica.gt**

Escriben los lectores

Manifestación de amor hasta el extremo

En el artículo *Nuestra Señora del Santísimo Sacramento*, de junio, vemos cómo la Eucaristía es el don por excelencia del amor del Sagrado Corazón. No podemos entender la Eucaristía sin entender el amor del Corazón de Jesús. Dice San Juan: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1).

Hasta el extremo, significa sin escatimar en nada, absolutamente en nada, para manifestar su amor. ¡Y qué clase de amor es este, capaz de quedarse con nosotros en la humildad de la Eucaristía! Por ello, Él le diría a Santa Faustina, desde el tabernáculo: «El amor me ha traído aquí y el amor me mantiene aquí».

Inmaculada Concepción García Beck
Valencia – España

Revista «Heraldos del Evangelio» en Japón

Vivo en Japón, en la ciudad de Hamamatsu (prefectura de Shizuoka). Sin embargo, no ha sido aquí donde conocí a los Heraldos. Pese a que ya hice peregrinar por casas y hospitales un oratorio de la Virgen de Fátima, el cual había recibido en el Encuentro Nacional Mariano —que organizamos una vez al año allí—, traté de entrar en contacto con ellos, pero sin éxito; sólo lo logré cuando fui de visita a Lima, mi tierra natal, donde tuve que quedarme un tiempo a causa de la pandemia. Un conocido me presentó a una amiga suya heraldo, la cual me invitó a participar en un curso de consagración a María.

Concluida la preparación, me consagré y enseguida me hice tutora de un curso virtual sobre la consagración y, desde Lima, comencé a invitar a mis hermanos en la fe que viven en Japón… y así empezaron las consagraciones a la Virgen en este país; mi esposo también se consagró allá. Antes de fin de año debo regresar a mi hogar japonés.

Estoy aprendiendo mucho y trabajando por la revista *Heraldos del Evangelio*. Ya he conseguido que se suscriban varios peruanos residentes en Japón. Espero que más adelante también pueda llegar allí la revista en portugués, para todos los brasileños que viven en Hamamatsu, la ciudad con la comunidad brasileña más grande de Japón.

Ahora estoy preparándome para comenzar el apostolado en ese país con miras a que puedan llegar allí los Heraldos.

Yolanda Nago
Hamamatsu – Japón

«Esto no se me había ocurrido nunca»…

Quisiera presentar mis más efusivas felicitaciones a la redacción de la revista *Heraldos del Evangelio* por su magnífico número de junio. La portada con el retrato del rey Luis XVII, *Un mártir de heroica inocencia*, me impactó profundamente.

Enseguida se me ocurrió: ¿Quién se acuerda de él, «escondido en las brumas de la Historia», en ambientes católicos, hoy día? Nadie recuerda todo «el pesado yugo del odio revolucionario» sobre los hombros de ese niño, ¡cuya carga soportó «a semejanza del Rey del Universo»!, como subraya la autora del artículo.

Esto no se me había ocurrido nunca… Y eso que ya leí decenas de libros sobre la Revolución francesa. Me gustaría, pues, manifestar aquí mi admiración incondicional por los Heraldos del Evangelio.

Claudio De Cicco
São Paulo – Brasil

Claridad de lenguaje

Escribo con enorme alegría, satisfacción y gratitud por la revista Heraldos del Evangelio, la cual recibo mensualmente. Su lenguaje es claro, todos lo pueden entender y saborear; su narrativa nos conmueve y nos deja muy contentos. En particular, la vida de los santos, muchos guiados por el Espíritu Santo desde su infancia.

Leo todas las revistas, de la primera página a la última. Me gusta ver en ellas al Dr. Plinio, ejemplo de ser humano íntegro, lleno del Espíritu de Dios, y a Dña. Lucilia, «diva» de santidad. Por no hablar del trabajo de todo el equipo de los Heraldos, divulgando esta maravilla por todas partes.

Airton Teixeira do Rosario
Guarapari – Brasil

Devoción al Sagrado Corazón de Jesús

Leer el artículo de Mons. João Scognamiglio Clá Dias, *Elevada devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, ha sido muy apropiado para que alcemos la mirada hacia lo sobrenatural, durante la novena al Sagrado Corazón que mi familia y yo estábamos rezando.

La devoción de Dña. Lucilia al Sagrado Corazón y la forma como esta devoción influenciaba su modo de ser amable, misericordioso y afectuoso, nos enseña la importancia de la devoción y recogimiento en nuestras vidas, para que formemos un ambiente propicio a la acción de la gracia, asociado a las oraciones y a la contemplación, que son de extrema importancia en nuestra vida espiritual. Precisamos acordarnos de esto constantemente, para que no vivamos en la superficialidad del mundo.

Bianca Daidone Madrucci
São Caetano do Sul – Brasil

Roca de la verdad y piedra de tropiezo

El divino Maestro empleó un método excelso de enseñanza. Atraía multitudes por medio de gestos y palabras, desenmascaraba los errores de los fariseos con sabiduría y evangelizaba a través de parábolas, cargadas siempre con ejemplos sacados de lo cotidiano.

Un simbolismo recurrente en los Evangelios es el de la piedra o de la roca evocadoras de la solidez con que se debe, verbigracia, cimentar una casa, so pena de arruinar toda la construcción (cf. Mt 7, 24-27). Cristo también utiliza esa metáfora para ilustrar la misión del primer pontífice: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del Infierno no la derrotará» (Mt 16, 18). Conforme el Papa San Gregorio Magno esclarece, en una carta al obispo Eulogio, ese pasaje indica que la Iglesia fue establecida sobre el cimiento del Príncipe de los Apóstoles, cuyo nombre «Pedro» hace referencia a la «piedra», en analogía a la firmeza por la que debería primar su alma.

Además, cabe destacar que, al instaurar el ministerio petrino, Jesús usa la expresión «mi» Iglesia precisamente para subrayar que ella está consolidada sobre la «piedra angular» (Hch 4, 11; Ef 2, 20), es decir, el propio Cristo. Por lo tanto, ni Pedro ni sus sucesores podrían arrogarse el derecho de hacer con la Iglesia lo que quisieran, como si fuera «suya». Razón por la cual serían instados a que su conducta fuera calcada de la vida y de las enseñanzas del Redentor; de lo contrario recibirían del Señor esta increpación: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mí *piedra de tropiezo*, porque tú piensas como los hombres, no como Dios» (Mt 16, 23).

Está clara, por otra parte, que toda la fuerza de la Iglesia emana de su nexo con el Altísimo, en contraposición a lo profano e infiel. Así pues, las primeras palabras que Pedro y los Apóstoles le dirigieron al judaísmo fueron un grito de ruptura con la mentalidad secularista y caduca del sanedrín: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hch 5, 29). Pedro, en su segunda carta, también pronosticó que aparecerían falsos maestros, con herejías perniciosas, doctrinas disolutas y discursos fingidos, para minar la ortodoxia (cf. 2 Pe 2, 1-3).

En oposición a esto, se configura la misión petrina: ser la roca de la verdad en medio de tantas piedras de tropiezo que tratan de sacudir la Iglesia. De hecho, el martillo de los regímenes autocráticos, las oleadas de la vana filosofía y la toxicidad de las falsas doctrinas han pretendido arruinar y desfigurar esa roca inquebrantable a lo largo de los siglos. No obstante, es conocido que el método más eficaz empleado por los hijos de las tinieblas contra el edificio de la Iglesia es el ataque a sus fundamentos, sobre todo cuando alcanza los primeros principios de la inteligencia y de la moral, impidiéndole al hombre discernir rectamente la verdad y el error, el bien y el mal.

Por ese motivo los príncipes de la Iglesia, como cimas de esa sagrada roca, han de ser especiales depositarios de la «sana doctrina» (1 Tim 1, 10), «modelos del rebaño» (1 Pe 5, 3), edificando ante todo su propia casa; en caso contrario, como piedras de tropiezo, traerán gran ruina (cf. Mt 7, 27) para sí mismos y para innumerables almas. ✧

San Pío X fotografiado por Giuseppe Felici

Foto: Reproducción

Una falsa concepción de la vida y de la moral

No es difícil percibir cómo el nuevo sistema moral deriva del existencialismo, el cual se abstrae de Dios o simplemente lo niega, y, en todo caso, abandona al hombre a sí mismo.

Hoy querríamos aprovechar la oportunidad que nos ofrece esta reunión con vosotras para decir lo que pensamos acerca de cierto fenómeno que se manifiesta algo por todas partes en la vida de la fe de los católicos y que afecta un poco a todos, pero particularmente a la juventud y a sus educadores. […] Fenómeno este al que podríamos llamar *una nueva concepción de la vida moral*, pues se trata de una tendencia que se manifiesta en el campo de la moralidad. […]

Se la podría calificar de «existencialismo ético», de «actualismo ético», de «individualismo ético», entendidos en el sentido restrictivo que vamos a explicar y tal como se les encuentra en lo que con otro nombre se ha llamado *Situationsethik* (moral de situación).

La negación de una ley moral objetiva

El signo distintivo de esta moral es que no se basa en manera alguna sobre las leyes morales universales, como —por ejemplo— los Diez Mandamientos, sino sobre las condiciones o circunstancias reales y concretas en las que ha de obrar y según las cuales la conciencia individual tiene que juzgar y elegir.

Tal estado de cosas es único y vale una vez para cada acción humana. Luego la decisión de la conciencia —afirman los defensores de esta ética— no puede ser imperada por las ideas, principios y leyes universales. […]

[La moral de situación] no niega, sin más, los conceptos y los principios morales generales (aunque a veces se acerque mucho a semejante negación), sino que los desplaza del centro al último confín. […]

Implicaciones de este funesto error

Por ejemplo, en el campo de la fe, la relación personal que nos liga a Dios. Si la conciencia seriamente formada estableciera que el abandono de la fe católica y la adhesión a otra confesión lleva más cerca de Dios, este paso se encontraría «justificado», aun cuando generalmente se le califica de «defección en la fe». O también, en el campo de la moralidad, la donación de sí —corporal o espiritual— entre jóvenes. Aquí la conciencia seriamente formada establecería que por razón de la sincera inclinación mutua están permitidas las intimidades de cuerpo y de sentidos, y éstas, aunque admisibles solamente entre esposos, resultarían permitidas. […]

La moral de situación no niega, sin más, los conceptos y los principios morales generales, sino que los desplaza del centro al último confín

Los juicios de una conciencia de esta naturaleza, por muy contrarios que a primera vista parezcan a los preceptos divinos, valdrían, sin embargo, delante de Dios; porque, se dice, la conciencia sincera, seriamente formada, es más importante delante de Dios mismo que el «precepto» y que la «ley». Y, por ello, tal decisión es «activa» y «productiva», no «pasiva» y «receptiva» de la decisión de la ley, escrita por Dios en el corazón de cada uno, y menos todavía de la del Decálogo, que el dedo de Dios ha escrito en tablas de piedra, dejando a la autoridad humana el promulgarlo y el conservarlo.

La ética nueva (adaptada a las circunstancias), dicen sus autores, es eminentemente «individual». En la determinación de la conciencia, cada hombre en particular se encuentra directamente con Dios y ante Él se decide, sin intervención de ninguna ley, de ninguna autoridad, de ninguna comunidad, de ningún culto o

La «ética nueva» se halla tan fuera de la ley y de los principios católicos que hasta un niño que sepa su catecismo lo verá y se dará cuenta

Pío XII durante la proclamación del dogma de la Asunción de Nuestra Señora, el 1/11/1950

confesión, en nada y de ninguna manera. […]

Estas dos cosas, la intención recta y la respuesta sincera, son lo que Dios considera; la acción no le importa. Por ello, la respuesta puede ser la de cambiar la fe católica por otros principios, la de divorciarse, la de interrumpir la gestación, la de rehusar la obediencia a la autoridad competente en la familia, en la Iglesia, en el Estado y así sucesivamente. […]

La verdadera posición católica

Expuesta así, la ética nueva se halla tan fuera de la ley y de los principios católicos que hasta un niño que sepa su catecismo lo verá y se dará cuenta y lo percibirá. Por lo tanto, no es difícil advertir cómo el nuevo sistema moral se deriva del existencialismo, que, o hace abstracción de Dios, o simplemente lo niega, y en todo caso abandona al hombre a sí mismo.

Tal vez sean las condiciones presentes las que hayan inducido a intentar el trasplantar esta «moral nueva» al terreno católico, para hacer más llevaderas a los fieles las dificultades de la vida cristiana. […] Pero semejante tentativa jamás podrá tener éxito. […]

Por lo demás, a la «ética de situación» oponemos Nos tres consideraciones o máximas. La primera: Concedemos que Dios quiere ante todo y siempre la intención recta; pero ésta no basta. Él quiere, además, la obra buena. La segunda: No está permitido hacer el mal para que resulte un bien (cf. Rom 3, 8). Pero esta ética obra —tal vez sin darse cuenta de ello— según el principio de que el bien santifica los medios. La tercera: Puede haber situaciones en las cuales el hombre —y en especial el cristiano— no pueda ignorar que debe sacrificarlo todo, aun la misma vida, por salvar su alma.

Todos los mártires nos lo recuerdan. Y son muy numerosos, también en nuestro tiempo. Pero la madre de los Macabeos y sus hijos, las santas Perpetua y Felicidad —no obstante sus recién nacidos—, María Goretti y otros miles, hombres y mujeres, que venera la Iglesia, ¿habrían, por consiguiente, contra la «situación», inútilmente o incluso por equivocación incurrido en la muerte sangrienta? Ciertamente que no; y ellos, con su sangre, son los testigos más elocuentes de la verdad contra la nueva moral.

Perennidad y valor absoluto de la moral católica

Donde no hay normas absolutamente obligatorias, independientes de toda circunstancia o eventualidad, la situación «de una vez» en su unicidad requiere, es verdad, un atento examen para decidir cuáles son las normas que se han de aplicar y en qué manera.

La moral católica ha tratado siempre y ampliamente este problema de la formación de la propia conciencia con el examen previo de las circunstancias del caso que se ha de resolver. Todo lo que ella enseña ofrece una ayuda preciosa para las determinaciones de la conciencia tanto teóricas como prácticas.

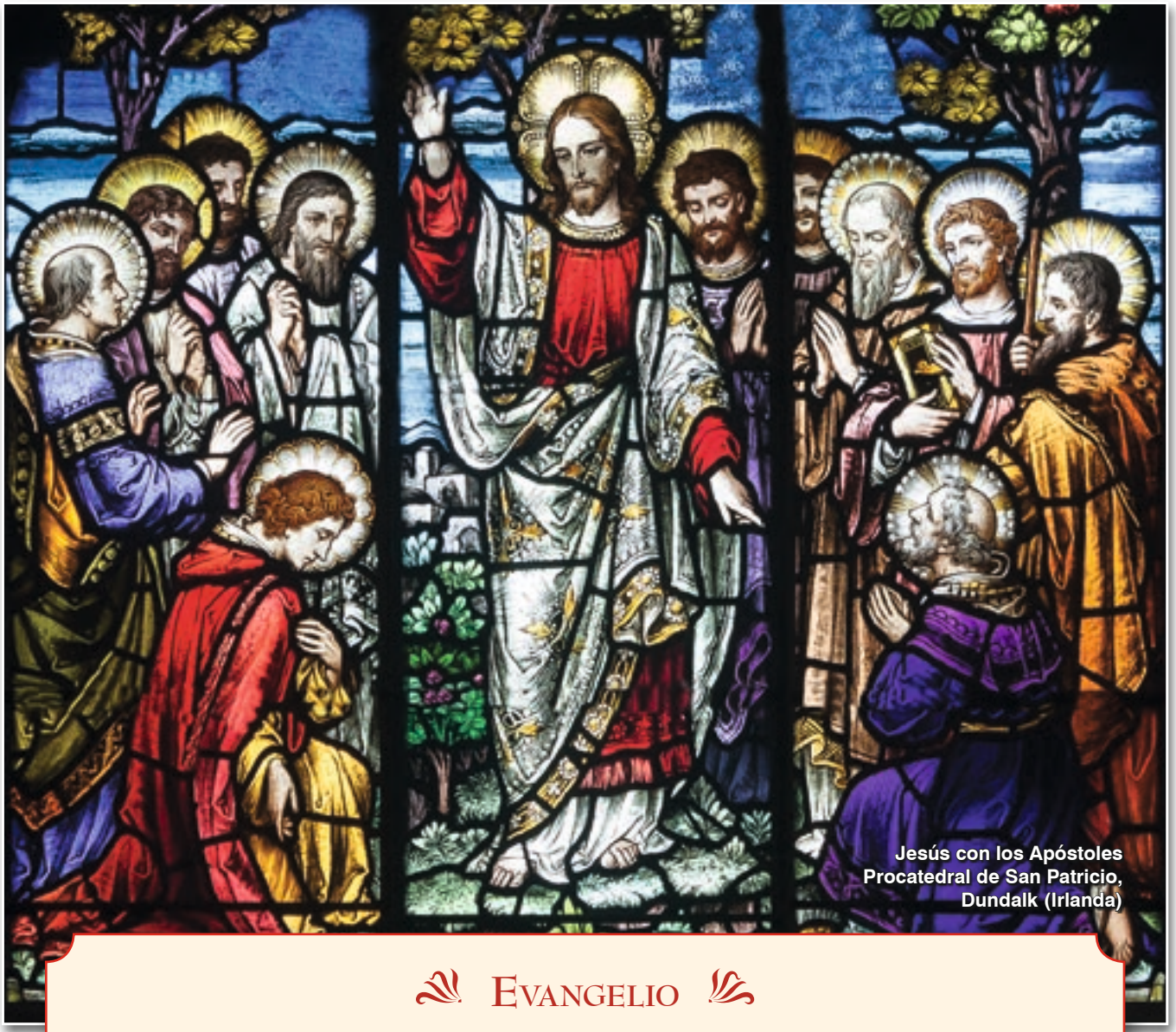
Baste citar la exposición, no superada, de Santo Tomás sobre la virtud cardinal de la prudencia y las virtudes con ella relacionadas.[1] Su tratado revela un sentido en la actividad personal y de la realización, que contiene todo cuanto hay de justo y de positivo en la «ética según la situación», pero evitando todas sus confusiones y desviaciones.

Por tanto, al moralista moderno le bastará con seguir en la misma línea, si quiere profundizar en nuevos problemas. ✧

Fragmentos de: PÍO XII. *Discurso al Congreso de la Federación Mundial de las Juventudes Femeninas Católicas*. 18/4/1952: AAS 44 (1952), 413-418.

---

[1] SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 47-57.



Andreas F. Borchert (CC by-sa 3.0)

Jesús con los Apóstoles
Procatedral de San Patricio, Dundalk (Irlanda)

Evangelio

En aquel tiempo, [60] muchos de los discípulos de Jesús, al oírlo, dijeron: «Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?». [61] Sabiendo Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo: «¿Esto os escandaliza?, [62] ¿y si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? [63] El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. [64] Y, con todo, hay algunos de entre vosotros que no creen». Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar. [65] Y dijo: «Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede». [66] Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con Él. [67] Entonces Jesús les dijo a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». [68] Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; [69] nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (Jn 6, 60-69).

El momento de la definición

La radical actitud adoptada por Nuestro Señor ante la perplejidad de sus Apóstoles con la revelación de la Eucaristía nos muestra la necesidad de una adhesión plena a la verdad.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – Dios no quiere corazones divididos

La vida espiritual de todo bautizado, sea sacerdote, religioso o laico, pasa por un momento decisivo en el que Dios le concede al alma gracias especiales para que rechace de modo categórico el mal y se entregue a Él definitivamente, sin posibilidad de vuelta atrás.

Esa es la situación que la primera lectura de este domingo (Jos 24, 1-2.15-18) retrata. En ella vemos cómo Josué reúne todas las tribus de Israel en Siquén y les presenta esta propuesta: «Si os resulta duro servir al Señor, elegid hoy a quién queréis servir: si a los dioses a los que sirvieron vuestros padres en Mesopotamia o a los dioses de los amorreos, en cuyo país habitáis» (24, 15).

El líder de Israel procedía así al percibir la ocasión próxima de pecado en la que se encontraría su pueblo una vez que estuviera instalado en la tierra prometida. Al entrar en contacto con los paganos que allí residían la tendencia iba a ser la de mezclar la idolatría con la religión verdadera, practicando ésta a medias y, al mismo tiempo, buscando beneficiarse de aquella. Recordemos que, estando aún atravesando el desierto, mientras Moisés recibía en lo alto del Sinaí las tablas de la Ley, los israelitas erigieron como dios a un becerro de metal fundido, al cual le construyeron un altar y le ofrecieron sacrificios (cf. Éx 32, 1-6).

Ahora bien, al Altísimo no le complacen los corazones divididos; es un Dios celoso, vela por un culto íntegro para sí. Y por eso Josué, conocedor de las flaquezas de sus compatriotas y persona muy didáctica, les plantea el problema de modo a incitarlos ya de entrada a afirmarse en la adoración al único Dios. Entonces ellos manifiestan con desenvoltura su rechazo a la idolatría diciendo: «¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para ir a servir a otros dioses!» (24, 16).

La deliberación de ponerse totalmente en las manos de Dios, prometiéndole fidelidad, sella una alianza entre el alma y el Creador similar a la de un desposorio místico. Las palabras de San Pablo a los efesios contempladas en la segunda lectura (Ef 5, 21-32) nos permiten comprender mejor esa realidad. Aunque se apliquen en sentido literal a la unión del hombre con la mujer mediante el sacramento del Matrimonio, la Iglesia las encaja en la liturgia de hoy como referencia al vínculo indisoluble existente entre cada fiel y Nuestro Señor Jesucristo, el cual exige de nuestra parte una adhesión integral a Él, una sumisión a su voluntad y una reciprocidad en el amor.

Al Altísimo no le complacen los corazones divididos; es un Dios celoso, vela por un culto íntegro para sí

La definición impuesta por Josué al pueblo elegido se repite de forma suave, pero más llena de sustancia, en el Evangelio. Después de haber trabajado a los Apóstoles, los discípulos y la opinión pública por medio de milagros, predicaciones y, sobre todo, gracias de fe, el Salvador les invita a que den un paso decisivo con el fin de que se conviertan en miembros de su Cuerpo Místico, la Santa Iglesia, que en breve fundaría.

II – La fe: virtud imprescindible para que el alma se defina por el bien

Al comunicarle a su Hijo la falta de vino, Nuestra Señora anhelaba que aprovechara dicha circunstancia para que obrara, ya allí mismo, el milagro de la transubstanciación

El divino Maestro se encontraba en la sinagoga de Cafarnaún, al día siguiente a la primera multiplicación de los panes. Aquella noche había andado sobre las aguas del mar de Galilea, a la vista de sus discípulos atemorizados, e hizo que también San Pedro caminara sobre ellas, salvándolo de hundirse cuando dudó (cf. Mt 14, 24-33).

El público allí presente estaba compuesto, en gran parte, por la multitud que la víspera se había beneficiado de los panes. Conforme lo subraya el propio Jesús, lo buscaban no a causa del milagro, sino por el deseo de probar una vez más tan deliciosa comida (cf. Jn 6, 26); por eso el Señor los amonesta diciendo: «Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre» (Jn 6, 27).

En ese contexto es cuando el Salvador anuncia el misterio de la Eucaristía, una gran novedad cuya institución hasta aquel momento a nadie se le pasaba por la cabeza, a excepción de María Santísima. Ella sí que conocía bien ese maravilloso sacramento y estaba ávida por recibirlo, como trasparece en el episodio de las bodas de Caná (cf. Jn 2, 3-5). Conforme ya fue analizado por el autor en otras ocasiones,[1] al comunicarle a su Hijo la falta de vino, anhelaba que aprovechara dicha circunstancia no solamente para convertir el agua en la mejor bebida de la fiesta, sino para que obrara, ya allí mismo, el milagro de la transubstanciación, dando a beber su preciosísima sangre velada bajo la especie del fruto de la vid.

San Juan anotó con sumo cuidado, cariño y precisión todo lo que Jesús dijo en aquel discurso sobre el «pan de vida» y, al dejarlo consignado, hizo hincapié en indicar la reacción de los presentes: primero, la murmuración (cf. Jn 6, 41); más adelante, la indignación, hasta el punto de comenzar a discutir entre ellos (cf. Jn 6, 52).

De hecho, esas extraordinarias declaraciones de Nuestro Señor suenan absurdas si se las toma en el sentido estricto de los términos; algunas incluso hasta chocantes y violentas, como, por ejemplo, la que parecía incentivar a la práctica pagana de sacrificios humanos: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida» (Jn 6, 54-55).

Sin embargo, no debemos olvidarnos de que Dios siempre nos concede auxilios sobrenaturales necesarios para que superemos las pruebas a las cuales nos somete. Así pues, la algarabía provocada por las palabras de Jesús ponía de manifiesto únicamente la actitud interior de rechazo a la gracia que adoptaron aquellos murmuradores.

Las bodas de Caná - Iglesia de la Inmaculada Concepción, Saint Mary-of-the-Woods (EE. UU.)

Nheyob (CC by-sa 3.0)

Reproducción

La Última Cena - Frontispicio de un Misal de 1910, editado por Friedrich Pustet

Cuando Nuestro Señor concluyó la predicación hubo de nuevo un rumor de descontento. Esta vez no provenía del público común, que ya se había retirado del lugar en señal de desaprobación a la doctrina expuesta.

En este punto del texto de San Juan es donde comienza el Evangelio de hoy.

Cuanto más grande sea el don, mayor deberá ser la fe

60 En aquel tiempo, muchos de los discípulos de Jesús, al oírlo, dijeron: «Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?».

Además del Colegio Apostólico, varios discípulos acompañaban a Nuestro Señor en su día a día, incluso en los viajes de evangelización. Al parecer, eran antiguos seguidores de San Juan Bautista, que ciertamente habían recibido del Precursor la adecuada instrucción con respecto al Mesías. Admitidos en la escuela del divino Maestro, venían siendo formados por Él en medio de una convivencia de mayor proximidad que la del pueblo en general, habiendo sido ya testigos de numerosos milagros.

Debido a tales prerrogativas, a estos discípulos les bastaba un poco de buena voluntad para no sentirse heridos con la predicación. Si aceptaran con docilidad las gracias distribuidas por Jesús todavía mientras les hablaba, todo quedaría esclarecido. Sin embargo, pusieron obstáculos…

La Eucaristía sería, de lejos, un don muy superior a los prodigios ya realizados por Nuestro Señor, pero exigiría también una fe más robusta, pues, al contrario que los milagros susceptibles de comprobación por los sentidos humanos, bajo las apariencias de sustancias simples como el pan y el vino estarían realmente presentes su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Por lo tanto, algo bastante diferente a la curación de un paralítico o la resurrección de un muerto.

Si aquellos discípulos fueran generosos entreverían algo sublime detrás de todo lo que Jesús decía, incluso sin entenderlo

No obstante, si aquellos discípulos fueran generosos entreverían algo sublime detrás de todo lo que Jesús decía, incluso sin entenderlo; su fe se consolidaría y experimentarían la alegría propia a las almas arraigadas en el bien. Como, por el contrario, prefirieron el egoísmo, acabaron por cerrarse a la gracia y empezaron a protestar.

¡Cuántas veces a lo largo de la Historia no han reaccionado así los hombres ante grandes revelaciones y ofrecimientos divinos!

Jesús desafía a los objetantes

61 Sabiendo Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo: «¿Esto os escandaliza?, 62 ¿y si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes?».

Nuestro Señor interpela a sus objetantes planteándoles un tema aún más osado que el anterior. Si la Eucaristía les había escandalizado, ¿qué ha-

brán pensado al oírle afirmar que era Dios, el Hijo del hombre bajado del Cielo?

De hecho, no entendieron nada con respecto a la Eucaristía porque les faltaba la luz de la fe, sin la cual le es imposible a la inteligencia humana aceptar las verdades sobrenaturales. Así, las dificultades presentadas de cara al misterio eucarístico se repetirían de modo tal vez más agudo ante los acontecimientos que encerrarían la vida terrena de Nuestro Señor Jesucristo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad encarnada.

El versículo 62 se aplica a dos circunstancias en la Historia: una ya ocurrió, cuando Cristo se elevó a los Cielos cuarenta días después de la Resurrección; la otra se verificará en el fin del mundo, después del Juicio universal, ocasión en la que los justos aún vivos en la tierra subirán, por los aires, al encuentro del Señor (cf. 1 Tes 4, 17). ¡Qué escándalo para los condenados, alejados del Redentor para siempre, verlo ascender glorioso junto con todos los bienaventurados!

No entendieron nada con respecto a la Eucaristía porque les faltaba la luz de la fe, sin la cual le es imposible a la inteligencia humana aceptar las verdades sobrenaturales

«La carne no sirve para nada»

63 «El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida».

Con el deseo de ayudar a estos hombres cuya inteligencia no era perezosa ni mezquina, sino que estaba blindada contra la fe, Jesús añade esas frases un tanto enigmáticas.

Es conveniente observar que la palabra «carne» en este versículo no se refiere a la impureza o falta de castidad, sino a la tendencia de considerar todas las cosas desde un prisma meramente humano. En efecto, en los asuntos relativos a la vida sobrenatural, el juicio naturalista «no sirve para nada». El Espíritu es quien nos da la visión verdadera: «Dios existe, Él me creó, me sustenta en el ser, me redimió y está a mi disposición para perdonar mis pecados».

Considerada desde otro aspecto, esa amonestación encierra una valiosa enseñanza teológica. En Jesús hay dos naturalezas, la divina y la humana. Ésta, creada y contingente; la otra, eterna y necesaria. Si su carne no estuviera hipostáticamente unida a la divinidad, «no serviría para nada», es decir, no podría ser ofrecida como alimento nuestro en la comunión.

De este pasaje, además, sacamos una importante lección si la analizamos desde una perspectiva diferente: cuando alguien se encuentra en pecado mortal, no debe recibir la Eucaristía porque, a parte de cometer un sacrilegio, tal acto de nada le serviría para restituirle al alma la vida sobrenatural.

CC by-sa 4.0

Falta de fe y traición

64 «Y, con todo, hay algunos de entre vosotros que no creen». Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar.

Con el objetivo de resaltar la divinidad del Salvador, el evangelista indica que Jesús conocía «desde el principio» —es decir, no sólo a partir del momento en que llamó a sus primeros seguidores, sino desde toda la eternidad— a los que no tenían fe y al que sería el traidor. Establece, por tanto, una relación entre la falta de fe y la traición, llevándolos a percibir cuán fundamental es esa virtud para nosotros, bautizados, llamados también a convertirnos en discípulos de Jesús.

A la Santa Iglesia, con su doctrina perenne y sus sacramentos; al Cielo, al Infierno y al Juicio; a la intercesión de los patronos celestiales, a la protección de la Virgen y al poder del Rosario; a las palabras del sacerdote al celebrar la Misa; a todo esto debe aplicarse nuestra fe, un don divino tan potente que, aun cuando adquiere el tamaño de un grano de mostaza, ¡mueve montañas! Se trata, además, del elemento que nos da seguridad, fortaleza y prontitud para ejecutar cualquier tarea para gloria de Dios. Con la fe ¡todo es posible!

Si no queremos ser contados entre los «que no creen» y, peor aún, figurar al lado de Judas, empecemos valorando esa virtud, sin dejarnos abatir nunca por los dramas y dificultades de la vida.

65 Y dijo: «Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede».

Todos nosotros, los bautizados, creemos en Jesús, nuestro Señor, no por una iniciativa nuestra, sino por una gracia concedida por el Padre. Por mucha cultura, esfuerzo y buena voluntad que alguien tenga, sin la gracia jamás conseguirá arrancar de sí un acto de fe en el Hombre Dios y, mucho menos, entregarse a Él, amarlo y comprenderlo.

El Padre quiere conferirles ese don a todos los hombres, sin excepción; con todo, incluso entre los que Él ya atrajo hacia su Hijo, hay quien prefiere al propio egoísmo, terminando en la apostasía y, quizá, en la traición.

El que hace la voluntad de Dios nunca fracasa

66 Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con Él.

La Última Cena, por Lorenzo Monaco
Gemäldegalerie, Berlín

Si no queremos ser contados entre los «que no creen», empecemos valorando la virtud de la fe, sin dejarnos abatir nunca por los dramas y dificultades de la vida

La convivencia humana es como una permanente escalera mecánica: o bien las eleva hacia Dios, o bien las arrastra al pecado

Podría decirse que este versículo registra un fracaso de Nuestro Señor. Basta leer el capítulo 6 de San Juan para constatar lo mucho que Él se había empeñado en preparar a la gente para esta revelación extraordinaria: multiplicó los panes, anduvo sobre el agua y, finalmente, hizo una estupenda exposición en la sinagoga. No obstante, en el momento de recoger los frutos de tanto apostolado, pierde a una serie de seguidores…

Ahora bien, todo lo que le sucede a Nuestro Señor —¡hasta un simple pestañeo!— es la realización de la voluntad divina y ésta jamás será un fracaso. De modo análogo, todo lo que les pasa a los justos está en los planes de Dios y debe ser aceptado con plena resignación; aunque nuestros mejores anhelos parezcan frustrados, junto a Él siempre obtendremos éxito.

Cuando nos sobreviene un desastre no entendemos por qué Dios actúa así con nosotros, como tal vez no comprendieron los Apóstoles la razón por la cual el Maestro procedía de aquella manera. He aquí el principio teológico que debe guiarnos en tales situaciones: si Él lo ha hecho, es lo más perfecto. Incluso cuando nos parece que todo salió errado, sepamos que ese revés le aportará en consecuencia un brillo aún mayor al plan de Dios con relación al conjunto de la Historia.

Jesús incita a los Apóstoles a que se definan

67 Entonces Jesús les dijo a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?».

Debido al instinto de sociabilidad, el hombre siente la necesidad de apoyarse en sus semejantes, relacionándose con ellos y estableciendo amistades. Era lo que se verificaba en el círculo de los seguidores de Jesús, entre los Apóstoles y los discípulos. Por eso la deserción de estos últimos creó un vacío psicológico en los Doce, dejándolos inseguros.

Entonces es cuando Nuestro Señor, mostrando una radicalidad propia a espantar a los relativistas de nuestros días, en lugar de disimular la verdad que acababa de revelar para no provocar nuevas defecciones, les exige a los Apóstoles que se definan, casi forzándolos a hacer una confesión de fe: «Todos se han marchado. ¿Y vosotros? ¿La fe que os he dado es firme hasta el punto de adherir a mí de forma integral o preferís seguir a los otros, llevados por el unanimismo? ¿Queréis ser como ellos o queréis seguirme?».

San Pedro sustenta la perseverancia de todos

68 Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; 69 nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios».

Francisco Lecaros

«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» Iglesia de San Pedro, Burdeos (Francia)

La actitud de San Pedro fue perfecta. Con su característica prontitud en hablar, le dirigió al Maestro palabras de radicalidad e intransigencia que arrebataron a los Apóstoles, disipándoles cualquier inseguridad y reavivando el fervor primero en relación con Jesús: «Señor, el camino hacia la santidad y la felicidad sois Vos, ¡y no hay otro!».

Vemos estampado en este pasaje un interesante fenómeno de la vida en sociedad: hay personas que influyen por su virtud, sirviendo de apoyo para que las demás vayan por el buen camino; pero también hay elementos malos, que hacen el papel del demonio junto a

João Paulo Rodrigues

Celebración Eucarística en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

los otros. La convivencia humana es como una permanente escalera mecánica: o bien las eleva hacia Dios, o bien las arrastra al pecado.

Animados por la voz de San Pedro, los Apóstoles no se dejaron perturbar por aquellos que habían abandonado a Nuestro Señor y permanecieron con Él. Tal era la fuerza de las «palabras de vida eterna», acatadas por el futuro Jefe de la Iglesia con plena convicción. Palabras que penetran los corazones, convierten y transforman; palabras que infunden miedo, valor y entusiasmo; palabras que dan a quien las sigue la firmeza en la fe.

III – Una alianza indisoluble con Jesús

La liturgia de este vigésimo primer domingo del Tiempo Ordinario nos convoca a que adhiramos totalmente a Nuestro Señor Jesucristo y crezcamos en la devoción a la Eucaristía, fuente de toda paz, toda alegría y todo consuelo, como reza el salmo responsorial: «Gustad y ved qué bueno es el Señor» (33, 9). Se reviste de tanta suavidad que, con una de sus manos, deposita sobre nosotros el yugo de la ley, contraria a nuestras malas inclinaciones, y con la otra nos sustenta y nos eleva.

Nuestro Señor quiere hacernos perfectos como el Padre celestial lo es (cf. Mt 5, 48) y para ello nos pide que le seamos sumisos como la esposa a su marido, conforme afirma San Pablo en la segunda lectura de hoy (cf. Ef 5, 22). Más que seguidores, debemos ser esclavos suyos, abandonados en sus manos y dispuestos a hacer su voluntad en todo.

Recordemos que la integridad en la unión con Dios es el único camino hacia la felicidad. El pecado no constituye una vía alternativa, sino un equívoco: siempre que alguien escoge veredas contrarias a la virtud, más pronto que tarde percibe que se encuentra en un callejón sin salida que lo lleva a la desesperación y a la aflicción o, peor aún, que le ofrece un atajo hacia la eterna infelicidad.

Aprovechemos esta liturgia para establecer una alianza indisoluble con Jesús diciéndole: «Señor, mi naturaleza es débil, y numerosos son los apegos que me sujetan a la tierra. Sé que no alcanzaré el Cielo por mis capacidades y por eso os pido, por la intercesión de vuestra Santísima Madre: ya que me convocáis a ser enteramente vuestro, dadme fuerzas para llegar hasta allí». ✧

Tengamos devoción a la Eucaristía. Seamos esclavos suyos, abandonados en sus manos y dispuestos a hacer su voluntad en todo

---

[1] Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «El mejor "vino" de la Historia». In: *Heraldos del Evangelio*. Madrid. Año VIII. N.º 78 (ene, 2010); pp. 10-17; *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano: LEV, 2012, v. VI, pp. 20-33.

Mártires en el siglo XXI

En varios países de África, los cristianos son perseguidos y asesinados por profesar su fe, basada en la Ley de Dios y en las enseñanzas de la Iglesia; mientras nosotros, tranquilos, gozamos de la «pseudonormalidad»…

P. Fernando Néstor Gioia Otero, EP

Al oír la palabra *mártires* nos viene el recuerdo de los cristianos que en el pasado derramaron su sangre por la fe, especialmente en Roma. Ante nuestros ojos se nos presenta la figura del Coliseo, enorme anfiteatro con su arena cargada de bendiciones, escenario de tantos holocaustos durante las primeras persecuciones a la Iglesia, sucesos siniestros y magníficos al mismo tiempo. Surge en la memoria la imagen del pódium, tribuna desde la cual las autoridades imperiales asistían al espectáculo de seres humanos siendo devorados por las fieras. Sin duda, el sufrimiento de aquellos testigos de la fe estaba místicamente unido al de los cristianos de todos los tiempos.

Hombres y mujeres que ofrecieron sus vidas resistiendo a la presión del ambiente pagano que los rodeaba para mantenerse fieles a la gracia de conversión que habían recibido al conocer a la Santa Iglesia. Negarse a quemar incienso a los ídolos era un crimen castigado con la pena de ser arrojado a las fieras.

Una demostración de fe y de nobleza

A este propósito, recuerdo las bellas palabras que el fundador de los Heraldos del Evangelio, Mons. João Scognamiglio Clá Días, escribió como meditación, estando en el Coliseo en febrero de 1993. Transcribo a continuación algunos fragmentos de ese agradable texto literario:

«Estoy escribiendo justo al lado del estrado donde se ponían los emperadores para regodearse con el despedazamiento de los cuerpos de los mártires, en el lugar central y más importante de la platea de este histórico, terrible y grandioso Coliseo. Puedo asistir, con la memoria y la imaginación, a innumerables martirios. Veo a un San Ignacio Obispo, que llega de Antioquía acompañado por varios cristianos que había convertido y bautizado por el camino, desde dentro de su medio de locomoción: una jaula de hierro.

«Lo veo ahora, siendo objeto de escarnio de aquellos paganos, a la espera del trágico momento en el que suelten a las bestias hambrientas en la arena. Los abucheos para él no representan nada. Al contrario, son un estímulo para creer en los coros de los ángeles y de los bienaventurados que están esperándolo, más allá de las murallas de las aparentes realidades de esta vida, con una palma y una corona.

«Un ¡hurra! de la multitud, seguido de un silencio y un gran suspense: las fieras hambrientas irrumpen en la arena y avanzan impetuosas sobre la pura e inocente víctima para devorarla».[1]

Concluida la cruel matanza, «entran los gladiadores para encadenar a aquellos animales que acababan de saciar su bestial apetito con las carnes de un nuevo serafín. La arena está vacía, el espectáculo ha terminado, la asistencia, frustrada, se retira lentamente. ¡Vaya demostración de fe y de nobleza habían presenciado! Los cristianos todavía permanecen por allí, esperando la puesta del sol. Entonces, cuando el manto de la noche empieza a cubrir la ciudad de Roma, se meten en la arena en busca de la tierra transformada en reliquia, por estar empapada con la sangre de aquel que los había bautizado. […]

«Este edificio es evocador: cada piedra tiene una bella historia que contar, hasta el césped y el musgo más reciente querrían decir una palabra sobre aquel pasado cubierto de sangre, dolor y gloria. […] ¡Oh arena que fuiste el pedestal de tantos bienaventurados!».[2]

Bien se dice que «la sangre de los mártires es semilla de cristianos».[3] Millones —sí, millones— fueron los asesinados de la forma más horrorosa en los primeros siglos del cristianismo. Y su sangre abrió camino a la conversión de tantos y tantos otros a la verdadera fe.

«Parte de un drama mucho más amplio»

Han pasado casi dos mil años, a lo largo de los cuales hubo períodos de persecución religiosa en distintas partes del orbe, con la entrega de muchas vidas que no se sometieron a re-

Más de mil cuatrocientos cristianos han sido asesinado en África desde el inicio de 2021; esta situación nos entristece, nos indigna y nos hace reflexionar

Martirio de San Ignacio de Antioquía – Basílica de San Clemente, Roma

ligiones paganas ni ideologías ateas o de misioneros católicos en regiones donde anunciaban el Evangelio.

En este siglo XXI —tan lleno de palabrería sobre los derechos humanos, el «respeto» debido a las diferentes «religiones», la «libertad» de adoptar cualquier ideología o regla de comportamiento— encontramos situaciones que nos entristecen, nos indignan y nos hacen reflexionar.

En nuestros ambientes, incluso bajo los efectos de una interminable pandemia, vivimos una tranquilidad que mejor sería calificada de «pseudonormalidad». Despreocupados, podemos ir al centro comercial, al supermercado, al cine, practicar algún deporte, caminar por la calle, asistir a Misa, viajar… Como católicos, como creyentes inclusive, no tenemos —de momento— oposición abierta a nuestras convicciones religiosas.

Sin embargo, no podemos dejar de comparar nuestra situación con la de los cristianos de varios países de África, los cuales están sufriendo una tenaz persecución que los lleva inevitablemente a la muerte si profesan su fe, basada en los Mandamientos de la Ley de Dios y en las enseñanzas de la Santa Iglesia, sobre todo si son misioneros.

Es lo que ocurre, por ejemplo, en Nigeria. Según la Sociedad Internacional para las Libertades Civiles y Estado de Derecho, más de mil cuatrocientos cristianos han sido masacrados por grupos extremistas durante los primeros meses de 2021, batiendo el macabro récord del mayor número desde el año 2014. Por su parte, la Fundación Pontificia Ayuda a la Iglesia Necesitada informa que ha aumentado la persecución religiosa en África.

Como sombra aterradora sobre la Esposa Mística de Cristo, se suman a esos asesinatos los cometidos en otras naciones del continente africano: Camerún, Chad, Kenia y Somalia. A propósito de la ejecución de diez cristianos un día después de Navidad, Mons. Mattew Hassan Kukah, obispo de Sokoto, Nigeria, declaraba: «Esto es parte de un drama mucho más amplio con el que vivimos a diario».[4]

Son perseguidos y muertos sin piedad, mientras nosotros, tranquilos, gozamos de la «pseudonormalidad».

Solidaridad, pesar e indignada protesta

Al tomar conocimiento de tales hechos, no podemos permanecer en la misma actitud de espíritu. Sospechosa es la falta de noticias sobre el asunto en los medios de comunicación internacionales, tan rápidos en transmitir ciertos tipos de acontecimientos. Parecen ciegos y sordos ante estos terribles eventos.

Por eso quiero, en este artículo, manifestar —de mi parte y ciertamente de la de muchos lectores— mi solidaridad, mi pesar, mi indignada protesta por tales asesinatos de nuestros hermanos en la fe en tierras africanas. Que sepan esos «mártires del siglo XXI», sus familiares y amigos que, de corazón, estamos con ellos.

A distancia, rodeados de nuestras «comodidades» —entre comillas, pues quién sabe decir hasta cuándo las tendremos—, enviamos un saludo, una oración, un abrazo a nuestros héroes africanos que están sufriendo el acoso de aquellos que, exigiendo tolerancia para sus extremistas ideas religiosas o políticas, actúan con la más obstinada intolerancia contra quienes desean llevar la paz y la alegría de Cristo, nuestro Señor, a los corazones.

Quiera Dios que la sangre de esos mártires sea semilla de nuevos cristianos y produzca abundante cosecha para su Reino. Que Jesús y su Santísima Madre los acompañen. ✧

---

[1] CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio , 2017, v. V, pp. 354-355.

[2] Ídem, pp. 355-358.

[3] TERTULIANO. *Apologeticum*, 50: PL 1, 535.

[4] EJECUCIÓN DE 10 CRISTIANOS EN NAVIDAD ES "PARTE DE UN DRAMA MÁS AMPLIO", LAMENTA OBISPO. In: www.aciprensa.com.

Ante los enemigos de la Iglesia, ¡fidelidad y ufanía!

Tras alistarse como voluntario en la lucha contra el comunismo, el capitán Teodoro Palacios partió hacia Rusia. Allí le aguardaba un heroico calvario de once años, junto con sus compañeros, en los campos de concentración soviéticos.

Gabriela Cristina Rodrigues da Silva

En medio de las misteriosas y profundas reflexiones del Libro de los Salmos nos encontramos con una interrogante que nosotros los católicos bien podríamos hacer nuestra ante las tempestades que actualmente asolan la grey de los ungidos del Señor (cf. 1 Jn 2, 27), la Santa Iglesia: «¿Por qué se amotinan las naciones, y los pueblos planean un fracaso? Se alían los reyes de la tierra, los príncipes conspiran contra el Señor y contra su Mesías» (Sal 2, 1-2).

De hecho, la persecución es una realidad común en la Iglesia de Cristo desde sus comienzos. Y para esto el Cordero Divino la preparó de distintas maneras. Afirmó que quien lo abandonara todo por amor al Reino de los Cielos recibiría, aún en esta tierra, el ciento por uno, con persecuciones (cf. Mc 10, 29-30), y a los que deseasen ser sus discípulos les advirtió: «Yo os envío como ovejas entre lobos. […] Pero ¡cuidado con la gente!, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas… Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el final, se salvará» (Mt 10, 16-17.22). Como si no bastara, declaró además bienaventurados a los que son perseguidos por amor a la justicia (cf. Mt 5, 10).

Desde que Dios promulgó el decreto de enemistad entre el linaje de la Virgen y el de la serpiente (cf. Gén 3, 15), los malos no cesan de hacerles la guerra a los hijos de la luz; y no pararán hasta el fin de los tiempos. Por tal motivo, cada uno de nosotros tiene la misión de avanzar con valentía en el campo de batalla de la vida, ¡sembrando —a semejanza del Redentor— no la paz, sino la espada (cf. Mt 10, 34)!

Muchas almas justas nos dieron ejemplo de esta virtuosa disposición

División Española de Voluntarios en Volknov, en 1941, por Augusto Ferrer-Dalmau

Neopanzyw, CC by-sa 4.0)

Fotos: Reproducción

A la izquierda: el capitán Teodoro Palacios Cueto, el comandante José Payeras Alcina, el teniente Vicente Ybarra Bergé y el capitán Francisco Manjón Cisneros, antes de su cautiverio; a la derecha, División Española de Voluntarios en Prokrowskaja (Rusia), durante la Segunda Guerra Mundial

de espíritu a lo largo de la Historia, algunas incluso en un pasado menos lejano de lo que imaginamos… Entre ellas se encuentra un militar español cuyas valerosas pugnas a favor de su fe y de su patria consideraremos en estas páginas.[1]

Genuino deseo de luchar por la Iglesia

El día 11 de septiembre de 1912, en Potes (provincia de Santander), veía la luz Teodoro Palacios Cueto, hijo de un pequeño agricultor. Cuando apenas tenía 6 años, fallecía su madre.

A pesar de la humilde condición de la familia, su padre, hombre honrado y exigente, no escatimó esfuerzos ni gastos en la educación de sus nueve hijos. Así, Teodoro estudió con los jesuitas de Zaragoza y después como interno en los escolapios de Villacarriedo; finalmente, marchó a Madrid para cursar Medicina.

Sin embargo, no llegó a concluir la carrera, pues, asombrado ante la persecución religiosa que estalló en España al inicio de la Guerra Civil, decidió unirse a las tropas católicas en defensa de los ideales que siempre había amado. Al finalizar la contienda, y habiendo dado muestras de su valor, el antiguo estudiante de Medicina ya había sido ascendido al rango de capitán.

> *Los buenos hallaban fuerzas y aliento en el apoyo mutuo y, sobre todo, en la confianza que poseían en su capitán*

Con todo, su corazón ansiaba continuar la batalla contra el comunismo.

En tierras soviéticas

Tras enrolarse en la División Española de Voluntarios —más conocida como la *División Azul*—, durante la Segunda Guerra Mundial, el capitán Palacios partió en dirección a la ciudad rusa de Kolpino, bajo las órdenes del comandante José Alcina Payeras, para enfrentar a los soviéticos.

Al amanecer del 10 de febrero de 1943, después de varias peripecias bélicas, comenzaba para el 2.º Batallón del Regimiento 262 su última batalla armada que llevaría a cabo en aquel territorio. Durante largas horas los españoles resistieron heroicamente en sus trincheras —«combatían con sus manos, pero oraban a Dios en su corazón» (2 Mac 15, 27)—, bajo el incesante fuego de los comunistas y un frío aterrador. Poco a poco, no obstante, fueron siendo reprimidos por las balas enemigas…

Teodoro Palacios veía cómo perecían casi todos los oficiales y un número escalofriante de soldados a su alrededor. Sin embargo, estaba decidido a luchar con los suyos hasta la muerte; y lo habría hecho si no se le hubieran acabado por completo las municiones.

Al atardecer, con las manos vacías y rodeados por todos lados por los rusos, los treinta y cinco supervivientes españoles, veintiuno de ellos bastante heridos, fueron hechos prisioneros e iniciaron, así, su doloroso calvario de once años en los gulags de la Unión Soviética, la «cárcel infinita».[2]

comunidadeculturaearte.com

Captura de pantalla del documental «Gulag, the Story», de Patrick Rotman

¡Con ufanía ante el enemigo!

Después de interrogatorios y noches de presidio en Kolpino los trasladaron a Leningrado, que vendría a ser el primero de una sucesión de desplazamientos realizados a través de la inmensa geografía rusa. Agregados a varios compatriotas suyos de otros batallones, también hechos prisioneros aquel 10 de febrero, pasarían a formar un grupo de aproximadamente doscientos cincuenta militares.

Cuando llegaron a su destino, de nuevo otro interrogatorio. Al preguntarles sobre su religión y la razón por la que estaban en Rusia, los comunistas, cuales perros rabiosos, buscaban con ello amedrentar a los más frágiles para que desistieran y, al mismo tiempo, «olfatear» a los más convencidos para perseguirlos y atormentarlos con una crueldad mayor. Ese fue el caso del capitán Palacios.

Para aflicción de este valeroso guerrero, muchos de sus soldados, quebrados por la presión y por el miedo, renegaron de la fe católica y de los justos ideales que defendían… De ellos se lamentaría más tarde: «Era la eterna canción española. El valiente, que sabe morir por un ideal y no sabe, en cambio, vivir defendiéndolo. […] "Lo que ganó la espada perdió la política", como dice el refrán. Algunos soldados se aturullaban, haciendo sonreír a los propios policías»[3]…

> *La unión de todos con «su capitán» alertó a los rusos, que los apartaron de su influencia, al ver que era la única manera de hacerlos claudicar*

Armado de celo ante tan delicada situación y consciente de que de su buen ejemplo dependía la firmeza de sus soldados, el capitán Palacios se adelantó para ser interrogado, seguido por otros tres oficiales.

—¿Su religión? —le preguntó el comisario.

—Católica, apostólica, romana.

—¿Motivos de su incorporación a Rusia?

—Luchar contra el comunismo.

—¡Retírese! —le dijo el funcionario soviético desconcertado.

Su ufanía transmitió nuevo ánimo a los soldados, quienes, uno tras otro, empezaron a declarar con intrepidez lo que hacía poco habían negado por cobardía. A la vez, no obstante, se configuraba ante los ojos de sus adversarios su valiente e inquebrantable personalidad. Hasta el final de su cautiverio, y de manera creciente, Teodoro Palacios sería uno de los principales blancos del odio de aquellos enemigos de la fe.

Vida inhumana y unión entre los buenos

Frío de 40 °C bajo cero, doce horas diarias de trabajos forzados, alimentación frugal —un trozo de pan, cáscaras de patata o un poco de sopa aguada—, presión psicológica de los jefes de campo para que prevaricaran a cambio de una porción extra de comida y otros «beneficios», enfermedades diversas: he aquí el pavoroso flagelo impuesto a los que deseaban mantenerse firmes en la defensa de su fe y de su patria.

En medio de tanto horror, los buenos hallaban fuerzas y aliento en el apoyo mutuo y, sobre todo, en la con-

fianza que poseían en su capitán. Rápidamente se consolidó la veneración e incluso el sentimiento de «filiación» que aquellos militares le tributaban. Un hecho ocurrido con el soldado José Jiménez define bien esa relación. Cinco hermanos suyos más pequeños habían sido arbitrariamente llevados a Rusia durante la guerra civil española. En determinado momento, intimidado a renunciar de la fe católica y su nacionalidad, le dijo el comisario para tratar de convencerlo:

—Por gratitud a la Unión Soviética, que da de comer a cinco hermanos tuyos, firma este documento.

Jiménez se negó a hacerlo y, con el corazón en un puño, contestó:

—No tengo más familia que, en España, mi madre; y en Rusia, mi capitán.

Ahora bien, la benéfica unión de todos con «su capitán» llamó la atención de los rusos, que trataban de apartarlos de su influencia, pues veían que ésta era la única manera de hacerlos claudicar…

«Tu capitán ha sabido ser capitán»

La admirable paciencia y perseverancia de Teodoro Palacios se convirtieron en motivo de entusiasmo no sólo para los españoles, sino también para los demás prisioneros, fueran alemanes, italianos, portugueses, franceses o de otras nacionalidades. De hecho, en medio de tantos soldados e incluso oficiales que renegaban de sus ideales por molicie, el alma de ese capitán fiel centelleaba como el sol. Y por eso se ganó el respeto y la admiración de muchos.

En cierta ocasión estaban conversando dos soldados, uno de los cuales era español; entonces por delante de ellos pasa un general —«no de los puros, que fueron dignísimos, sino de los voluntariamente degradados»[4]— compatriota del otro militar, que siguió charlando como si nada; pero poco después pasa el capitán Palacios e inmediatamente éste se puso en pie cuadrándose ante él. Extrañado, le pregunta su compañero por qué había saludado a un capitán extranjero y no a su general. A lo que respondió: «Porque tu capitán ha sabido ser capitán y mi general no ha sabido ser general».

> *El capitán nunca permitió la mínima mancha en su fidelidad, y luchó por sus soldados, con el fin de alejar de ellos la tentación de traición*

Por lo tanto, es innegable que, con respecto a la autoridad, la integridad debe ser perfecta y el que así dejara de proceder no merece la bendición de Dios ni la confianza de sus subalternos.

El premio a la fidelidad

Durante los largos y dolorosos años que pasó en el «infierno ruso», Teodoro Palacios nunca permitió la mínima mancha en su fidelidad, y luchó con ahínco por sus soldados, con el fin de alejar de ellos cualquier tentación de traición. Los entusiasmaba recordándoles su patria y encendiendo en ellos el deseo ardiente de conquistar la verdadera libertad de

Fotos: larazondelaproa.es

Llegada de los españoles repatriados al puerto de Barcelona, el 2/4/1954. En el destacado, el capitán Palacios durante el viaje de regreso a España

Fotos del capitán Palacios en diferentes épocas: en su juventud; durante el viaje de vuelta a España; en 1966, como teniente coronel; al final de su vida, elevado al rango de general

los hijos de Dios. Una libertad que, con sus tribunales parciales, sus falsos testigos, sus acusaciones infundadas, la violación de cualquier derecho y las torturas sin fin, el comunismo jamás les podría conferir.

En marzo de 1954, Dios les concedió finalmente la realización de sus esperanzas. En un día aparentemente común para aquellos prisioneros semimuertos, les hacen subirse a un vagón-hospital para iniciar un nuevo traslado de «repatriación». Pensaron que se trataba de una promesa falsa más, como las otras, y embarcaron sin mucho interés, postrados y debilitados. Sin embargo, al llegar a su destino, el puerto de Odesa, se encontraron con algo inimaginable: una enorme embarcación de la Cruz Roja, ¡que había ido a rescatarlos!

Las palabras del capitán Palacios expresan muy bien su emoción: «Apoyé mis brazos en los hombros de los soldados más próximos, pues mis piernas comenzaban a temblar y no me sostenían. En torno mío varios soldados, palidísimos, lloraban. No he visto nunca seres más pálidos que aquellos. Parecían muertos de pie. No había gritos ni abrazos. Lloraban en silencio, mansamente, incapaces de pronunciar palabra alguna».[5] Era la recompensa a su fidelidad probada y triunfante, que ante el mal nunca reculó, nunca cedió y nunca dejó de luchar.

Era la recompensa a su fidelidad probada y triunfante, que ante el mal nunca reculó, nunca cedió y nunca dejó de luchar

¿Qué posición adoptaremos nosotros?

Creer en la luz durante el día es superfluo; hacerlo en medio de la noche oscura de las pruebas, que parecen eternas, supone un heroísmo sin par. De modo análogo, permanecer fiel a la Santa Iglesia en los períodos de paz y prosperidad constituye tan sólo un deber; perseverar en su defensa durante la tormenta requiere un amor auténtico, que atrae la benevolencia divina.

Ese desvelo de la Providencia fue, sin duda, lo que sustentó a Teodoro Palacios Cueto ante la furia comunista; y será lo que sustentará, hasta el fin del mundo, a los verdaderos hijos de Dios.

En los días en que vivimos, plagados de persecuciones declaradas y veladas a la fe católica y su moral inmutable, ¿qué posición adoptaremos nosotros? ¿Nos alistaremos en el ejército de la Santa Iglesia para luchar por ella hasta el final o venderemos nuestras almas al relativismo mediocre y a la contemporización con las máximas del mundo?

Pase lo que pase, no perdamos jamás esta convicción: hagan los malos lo que quisieren, persigan la verdad cuanto puedan, su derrota ya ha sido decretada por los méritos de la preciosísima sangre del Redentor y vendrá, sin duda, el día que menos se lo esperen. ✧

---

[1] Para ello será utilizada, principalmente, la obra: LUCA DE TENA, Torcuato. *Embajador en el infierno. Memorias del capitán Palacios*. Madrid: Homo Legens, 2010.

[2] Ídem, p. 10.

[3] Ídem, p. 22.

[4] Ídem, p. 74.

[5] Ídem, p. 254.

Sólo cuando seas víctima...

Deberíamos tomar conciencia de la necesidad vital de la verdadera justicia, que reconoce a cada uno lo que le pertenece y que, por la fe, sabemos que es dado por Dios.

P. Bruno Esposito, OP

«Sólo cuando seas víctima de una injusticia comprenderás verdaderamente, en profundidad, qué es la Justicia; más allá de cualquier definición o explicación que desde Cicerón y Ulpiano en adelante nos haya sido dada al respecto. Sólo cuando uno se siente víctima de una injusticia objetiva comienza a entender la importancia, o mejor aún, la indispensable necesidad de la justicia en las relaciones humanas, tanto en el ámbito civil como en el eclesiástico; porque cada vez que sufrimos una injusticia es como si una parte vital de nosotros nos fuera arrebatada».

En mis veinticuatro años de docencia he hecho siempre esa introducción en el curso de Filosofía del Derecho cuando tenía que abordar el tema de la justicia, de sus relaciones con el derecho y la ley, intentando contextualizarlo todo en el ámbito de ese enigma que es la libertad humana, tratando de que los alumnos tomaran conciencia de que, al final, sólo se puede ser verdaderamente libre si se siguen ciertas reglas. Evidenciando que el problema no está en que haya o no haya reglas, sino única y exclusivamente en que éstas sean justas, puesto que el hombre, siendo por naturaleza llamado a vivir con los demás, no podrá realizar plenamente lo que es parte integrante de sí mismo.

«Beau Dieu» - Catedral de Notre Dame de Amiens (Francia)

Esta es la «regla de oro» dejada por Cristo: «Todo lo que deseáis que los demás hagan con vosotros, haced-lo vosotros con ellos; pues esta es la Ley»

Paradójicamente, incluso en una utópica sociedad anárquica, en la cual viniera a establecerse el principio de la total ausencia de reglas y de leyes, ¡todos se conformarían de hecho a una sola regla!

Llamativas injusticias

Entonces, al final, no se trata de fórmulas y definiciones, de principios abstractos que no se reflejan en la vida cotidiana, sino concretamente de tener como constante objetivo esta «regla de oro» que Cristo nos ha dejado: «Todo lo que deseáis que los demás hagan con vosotros, hacedlo vosotros con ellos; pues esta es la Ley y los Profetas» (Mt 7, 12).

Todo ello se me ha presentado de nuevo, con fuerza, hojeando estos días las noticias en varios periódicos o viéndolas en el telediario: primero, sobre el destino, entre otros muchos menos conocido, del estudiante Patrick Zaki, que está en «prisión preventiva» —y algunos en estos años han hablado de «guerra preventiva», con las consecuencias que todos conocemos…— desde hace más de un año en Egipto, por «presunta actividad subversiva», sin duda al aplicársele al pie de la letra la legislación en

Gustavo Kralj

Quienes deberían ser los garantes de la ley se muestran especuladores oportunistas que la usan en favor de sus intereses personales

Alegoría de la virtud de la Justicia, por Giotto di Bondone - Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)

vigor; luego sobre el arresto —descarado y llegando a la tomadura de pelo, que en realidad no es más que «toma del poder», por este motivo: «posesión de cuatro *walkie-talkies* importados ilegalmente»— de Aung San Suu Kyi, la presidente legítima del Gobierno birmano, llevado a cabo por las fuerzas armadas que asumieron el poder por un año, imponiendo la «ley marcial»; por último, la condena a dos años y cinco meses del disidente ruso Alexei Navalny, que escapó de una tentativa de asesinato por envenenamiento. La decisión del juez se producía en el contexto del caso Yves Rocher de 2014, en el cual el opositor había sido declarado culpable por malversación de fondos. En la sala del tribunal Navalny alzó la voz diciendo: «Pido la liberación inmediata para mí y para todos los presos políticos. Este teatro es ilegal».

Estos son los casos más recientes y llamativos, pero ¿cuántas injusticias manifiestas se cometen en todo momento en las familias, en el lugar de trabajo, en el ámbito de las confesiones religiosas, en el mundo del deporte? A menudo y de buen grado todo esto sucede incluso con la justificación y la complicidad de una «ley», al igual que gracias a una «ley», a lo largo de los siglos, han sido quemadas personas, masacradas y exterminadas etnias, confinados en campos de concentración quién sabe cuántos seres humanos, marginadas en guetos diversidad de personas, confiscados sus bienes. En este sentido, suena como una amonestación que no se ha de olvidar lo que escribió Erich Kaufmann: «El Estado no crea el Derecho, el Estado crea leyes; y el Estado y las leyes están sometidas al Derecho» (véase al final de estas reflexiones el *post scriptum*).

Para que sea auténtica, la ley humana debe concordar con la ley divina

El sentido común nos hace reconocer, hoy —pese a que no fue lo mismo para quienes vivieron todo eso, obviamente…, por tanto, ¡a nosotros también nos puede pasar!—, cómo esas así llamadas «leyes» no podían, no eran verdaderas leyes, nada más tenían apariencia de eso, pero no lo eran por el simple hecho de que carecían de justicia. El gran Santo Tomás de Aquino[1] subrayó de manera lapidaria esta triste verdad al recordar que en realidad no son leyes, sino más bien su corrupción, cosa que ocurre inevitablemente cuando la ley humana pierde su relación con la ley divina.

Lo más triste es que, de hecho, la mayoría de las veces son «formalmente» verdaderas en una determinada sociedad, aun siendo impuestas de un modo dictatorial o bien democráticamente votadas en un parlamento, mostrando así el lado humanamente frágil de la democracia, que se basa en el consenso, en la mayoría de los votos. Lo que ocurre es que el consenso no es sinónimo de justicia; el consenso es relevante para la justicia como lo es el hecho de que dos más dos sean cuatro: ¡simplemente irrelevante!

Evidentemente y de la manera más absoluta, esto no significa poner en duda la forma de gobierno democrática, sino únicamente tomar conciencia de sus límites intrínsecos, como señaló uno de los padres de la Constitución de los Estados Unidos de América, Benjamín Franklin: «La democracia es: dos lobos y un cordero votando qué van a comer en el almuerzo; la libertad: un cordero bien armado impugnando el voto».

La ley debe servir al bien común y nunca al oportunismo

Sin embargo, más allá de la cuestión de las leyes que de manera evidente usurpan y destruyen, corrompiendo su función y significado, hay casos —que lamentablemente me parecen ser la mayoría— de un uso y una aplicación arbitraria de las leyes, objetivamente justas en sí mismas y útiles a la realización de la convivencia con el fin del bien común, por parte de quienes ejercen la autoridad, que en realidad resulta ser mero autoritarismo y mero ejercicio de poder.

Quienes deberían ser los garantes se muestran especuladores oportunistas que utilizan lo establecido para el bien común en favor de sus intereses personales o los del grupo al que pertenecen. Convencidos de que el papel que desempeñan les autoriza a sentirse como los emperadores ro-

manos que —aunque en realidad, al principio, sólo en ciertos ámbitos del derecho privado—, se creían no estar sometidos ni vinculados a la ley.[2] Personas llamadas a «servir» a su propia institución y que, en cambio, se valen de ella o la vilipendian, no aplicando con equidad las normas, seguros en su convicción de que no deben rendir cuentas a nadie —isólo en esta tierra!, esperamos— y que, en cualquier caso, quedarán impunes en cuanto sean la autoridad, tengan el poder.

Entonces, aunque puedan sonar bastante cínicas, me vienen a la mente las palabras atribuidas al presidente del Consejo de Ministros del Reino de Italia, Giovanni Giolitti: «¿Qué es la ley? Es aquello que se les aplica a los enemigos y se interpreta para los amigos».

Sin embargo, este modo de alterar la búsqueda de la justicia se revela de manera preocupante, y casi diría escandalosa, en la esfera judicial. Precisamente en este ámbito, en todos los contextos, se puede constatar cómo la magistratura no es tan independiente y cómo la justicia no sólo ya no está con los ojos vendados, sino que mantiene los oídos bien atentos para recoger opiniones de órganos mediáticos, de las sentencias que se emiten quizá en un programa de entrevistas. Donde al acusado no se le da un real derecho de defensa —cosa que hizo Dios con Adán (cf. Gén 3, 9-13)— cuando se oculta la identidad del acusador o no se tiene en cuenta su credibilidad, elementos constitutivos de la civilización jurídica de la cual somos hijos; donde no se respetan, en nombre de sofismas jurídicos, cuando conviene y para quien conviene, las más elementales reglas de la administración de la justicia. Olvidando así una verdad simple —pero como, todas las verdades, de una diamantina inviolabilidad— que se va a un juez para que éste imparta justicia y no para que trate de crearla, sintiéndose casi un dios eterno.

Respetar la justicia es la mejor forma de amar

A la luz de estas simples consideraciones sobre la Historia y sobre la actualidad, que no son ni deben entenderse como un juicio, deberíamos tomar conciencia de la necesidad vital para todos, sin excepción, de la realización cada vez más plena de la verdadera justicia que reconoce a cada uno lo que le pertenece, y que por la fe sabemos que es dado por Dios.

Dicha realización, que en esta tierra nunca será completa, tiene como punto de partida el reconocimiento de los sucesivos comportamientos que la degradan hasta el punto de distorsionarla. Y la constatación de que no estamos asistiendo a un «teatrillo de la ilegalidad», sino a una destrucción de una de las realidades más preciosas de nuestro ser *con* y *para* los demás, en el descubrimiento de que el respeto a la justicia es la mejor forma de amar: *nulla est caritas sine iustitia*.

En todo esto no sólo está en juego la credibilidad de las sociedades y las distintas instituciones, sino sobre todo el bien común que se logra en la medida en que se respeta el bien de cada uno.

* * *

P. S.: Teniendo en cuenta las numerosas respuestas recibidas y, al mismo tiempo, que el presente artículo no pretende ser exhaustivo, es importante, también a la luz de las citas de Santo Tomás, considerar que los términos *ley* y *derecho* pueden tener diversos significados: ley/derecho divina/o, ley/derecho humana/o, etc. Esto significa que el mismo «principio de legalidad» puede ser entendido de manera diferente, en función del contexto. Todo ciudadano está obligado a obedecer las leyes de su propio país, pero en la medida en que se respete la ley natural. Ninguna autoridad humana puede ir contra la ley divina, natural y, para los fieles, incluso positiva: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hch 5, 29). ✧

Ninguna autoridad humana puede ir contra la ley divina: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres»

Alegoría del vicio de la Injusticia, por Giotto di Bondone - Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)

Gustavo Kralj

---

[1] «Luego la ley positiva humana en tanto tiene fuerza de ley en cuanto deriva de la ley natural. Y si en algo está en desacuerdo con la ley natural, ya no es ley, sino corrupción de la ley» (SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 95, a. 2).

[2] «*Princeps legibus solutus*» (D. 1, 3, 31).

Francisco Lecaros

¡Reina de Dios y de los hombres!

No consideramos con nostalgia una civilización católica del pasado, sino que miramos con esperanza hacia la época católica por excelencia que vendrá, el Reino de María. Y podemos, desde ahora, instaurar ese reinado en nuestro interior.

Plinio Corrêa de Oliveira

¿Cuál es el fundamento de la realeza de Nuestra Señora? ¿Por qué Ella es reina? ¿En qué consiste este título?

En primer lugar, hemos de considerar que a un rey le corresponde ser hijo de una reina. Ahora bien, como Nuestro Señor Jesucristo es Rey de todos los hombres —ya sea en cuanto Dios, ya en cuanto hombre—, la realeza de Nuestra Señora resulta del hecho de ser Ella la Madre del Rey.

Sin embargo, existe también otra razón mucho más profunda.

Deseaba ser esclava, se convirtió en Madre de Dios…

Desde el pecado de Adán pasaron cuatro mil años de separación entre Dios y los hombres, durante los cuales no se podía ir al Cielo. Se permanecía en el Limbo a la espera del momento en el que Nuestro Señor Jesucristo naciera y rescatara a la humanidad. Entonces se estaba aguardando a que Dios creara a aquella virgen excepcional, dotada de una santidad y de una perfección inimaginables, de cuyo vientre nacería el Salvador.

Al ver el miserable estado de la humanidad, María Santísima le pedía a Dios que enviara al Salvador a la tierra en sus días. Ansiaba también conocer a su Madre y servirla como criada o esclava. Podemos imaginar el estremecimiento de alma de Nuestra Señora cuando tuvo conocimiento, por la salutación angélica, de que la escogida era Ella misma. ¿Cuál no habrá sido el sobresalto virtuoso, santo y, al mismo tiempo, jubiloso de su alma?

Comprendemos bien la perfección de la respuesta de Nuestra Señora al ángel: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). Es decir: «Juzgaba que yo no lo merecía, pero ya que la invitación viene de Dios, hágase en mí según tu palabra». En ese momento el Espíritu Santo actuó en la Santísima Virgen y Nuestro Señor Jesucristo fue concebido en su seno.

Comenzaba, por tanto, el período bellísimo en que Jesús vivió en María. Durante toda la gestación, Ella fue el sagrario dentro del cual Nuestro Señor daba gloria al Padre eterno.

…y, en cierto modo, su Reina

Por el conocido proceso de desarrollo de un niño en el claustro materno, Él recibía de Nuestra Señora, continuamente, los elementos necesarios para la formación de su cuerpo. Pero no debemos imaginar que esa relación tan íntima entre madre e hijo era tan sólo física y corpórea. También había una relación espiritual y sobrenatural.

A medida que del cuerpo y de la sangre de María se iba formando el cuerpo de Nuestro Señor se establecían relaciones de alma entre Él y su Madre cada vez más íntimas, de tal manera que, en el momento del nacimiento, el proceso de unión de Jesús con Nuestra Señora llegó a su término. En Belén, cuando Ella lo contempló por primera vez, había culminado un proceso intimísimo de unión, cuyo verdadero alcance sólo lo podremos comprender en el Cielo, siempre que en esa realidad no haya misterios tan sublimes que sobrepujen cualquier comprensión.

Pero no debemos imaginar que tras el nacimiento de Nuestro Señor esa unión entre ambos disminuyó. Al contrario, ya que la Virgen María crecía continuamente en santidad y perfección, la unión con su Hijo se desarrollaba siempre cada vez más, de modo, que en la hora suprema de la muerte de Jesús, Nuestra Señora tenía más unión con Él que en cualquier otra ocasión de su vida, porque allí las relaciones entre los dos habían llegado a su ápice.

Es decir, cuando vivía en Nuestra Señora, Jesús estaba en una dependencia completa de Ella, como el hijo en el claustro materno, el cual no tiene voluntad propia, sino que depende enteramente de su madre. Ahora bien. Nuestro Señor no se volvería un «independentoso» tras nacer; por el contrario, se celebra su obediencia a sus padres (cf. Lc 2, 51). Nuestra Señora, por tanto, tuvo una autoridad materna cada vez más enriquecida con relación a su Hijo, hasta el momento de su muerte.

> *Nuestra Señora tuvo una autoridad materna cada vez más enriquecida con relación a su Hijo, hasta el momento de su muerte*

A este título la Santísima Virgen fue, en cierto modo, Reina de Nuestro Señor. Y quien es su Reina es Reina de todo, evidentemente. La realeza de María viene del poder y la autoridad que Ella ejerció hasta el final de sus días sobre aquel que es el Poder y la Autoridad, y que aún conserva en el Cielo.

Entonces entendemos por qué se le atribuye a Nuestra Señora el título de omnipotencia suplicante. Aunque sea una criatura humana, una esclava del Señor, como Madre de Dios su súplica es omnipotente: por voluntad divina todos sus deseos son atendidos. Aquella que siempre es atendida por el Rey del universo, evidentemente es la Reina del universo. La realeza de María tiene como punto de partida su realeza sobre Nuestro Señor Jesucristo.

Por consiguiente, se trata de una realeza que contiene todas las otras realezas, todas las alegrías, todos los derechos. Su autoridad sobre la Iglesia y sobre cada católico resulta de este hecho: Nuestra Señora es Madre de Dios y tiene con Él esa relación.

Reina de los corazones, por la gracia

A parte de ese ángulo altísimo, la realeza de María debe ser vista también desde un aspecto más accesible a nuestra consideración.

Todas las oraciones, todos los actos de adoración, de acción de gracias, de reparación y de alabanza que deseamos que suban al trono de Dios, deben ser hechos por medio de Nuestra Señora. Y, en sentido inverso, todos los dones que recibimos de los Cielos nos vienen a través de Ella. De manera que María es el canal necesario —no por la naturaleza de las cosas, sino por un acto libre de la voluntad divina— entre nosotros y Dios.

Así pues, Ella es la Medianera de todas las gracias. Aquello que, por ventura, todos los santos pidieran sin su intercesión no lo obtendrían; pero todo lo que Nuestra Señora pide, sin la intervención de ningún santo, lo recibe. Comprendemos entonces que

Francisco Lecaros

La Virgen y el Niño - Catedral de Nuestra Señora, Amberes (Bélgica). En la página anterior, La Coronación de la Virgen, por el Maestro de Santa Viridiana - Museo del Louvre, París

o bien remitimos cualquier oración por medio de la Santísima Virgen o bien Dios, nuestro Señor, la ignora.

Este principio coloca a Nuestra Señora en la posición que Ella debe ocupar en el culto católico, la cual está, en gran medida, indicada en el libro de San Luis María Grignion de Montfort con respecto a la devoción a María Santísima. O sea, el principio de la esclavitud a Ella se funda mayormente en esa verdad, que hace par con la de la omnipotencia suplicante.

Por lo tanto, Nuestra Señora es Reina de cada alma individualmente porque, al concederles esas gracias, Ella las gobierna. En último análisis, mi existencia está dirigida, ritmada, orientada según los designios de la Providencia, de acuerdo con las gracias que recibo. Luego Nuestra Señora es mi Reina y dispone de mí como quiere, mi vida espiritual la tiene a Ella como centro. Ella es la Reina de todas las almas, la Reina de los corazones.

Nuestra Señora de los Corazones - Monasterio de Santa Clara, Quito

Esta es una linda advocación, cuyo sentido precisamos entender y que está muy relacionada con la devoción a Nuestra Señora conforme la escuela de San Luis María Grignion de Montfort.

¿Qué significa ser Reina de los corazones?

El corazón no es principalmente el símbolo de la ternura y del afecto. En la lengua de las Escrituras, el corazón representa el ánimo, la mentalidad, la voluntad del hombre.

Ser Reina de los corazones significa que María Santísima tiene autoridad sobre la mente y la voluntad de los hombres. Ella puede desvencijarlos de los defectos que tienen y hacer tan viva la atracción por el bien que los lleve —no por una imposición tiránica, sino por la acción de la gracia— hacia donde Ella le plazca.

> *Al ser Reina de los corazones, María Santísima puede desvencijarles a los hombres sus defectos y atraerlos hacia el bien*

Reina de la sociedad humana

Como María Santísima es Reina del corazón, de la mentalidad de cada hombre individualmente considerado, podemos decir también que es Reina de la sociedad humana, de la opinión pública, porque ésta constituye el conjunto de todas las mentalidades en cuanto entrelazadas unas con las otras e influenciándose a la vez.

¿Qué quiere decir esto concretamente?

Dios no creó el universo al azar; todo lo ha dispuesto con peso, número y medida. Cuando los hombres estén reunidos en el valle de Josafat para ser juzgados notarán que forman una colección y que todo lo que hay de potencialidad en la naturaleza humana fue expresado de algún modo. De manera que faltaría algo en la obra de Dios si tal o cual persona no hubiera sido creada. Cada uno posee un papel en un plano sublimísimo, que se revelará con ocasión del Juicio final.

Así, los hombres son susceptibles de ser vistos en una mirada de conjunto. Esta colección de hombres que hay, hubo y habrá se llama género humano. Pero dentro del género humano no existe un salto; los grandes saltos no están en la regla general de la obra del Creador. Entre el género humano y cada hombre individualmente, existen los grupos humanos que son las razas; dentro de las razas, las naciones; dentro de las naciones, las regiones; dentro de las regiones, las ciudades; dentro de las ciudades, las familias; dentro de las familias, los hombres. Es decir, hay grupos intermedios que vinculan al hombre con el grupo supremo, que es el género humano.

En ese sentido, ¿qué es una nación o un país? Es una especie de colección que revela un denominador común de los hombres que constituyen esa nación o país y que, en cierto modo, expresan una virtualidad de la naturaleza humana. Esta colección se asemeja a un mosaico compuesto por los individuos vivos, pero que tienen una pro-

yección en la Historia y una continuación en aquellos que vivirán. En esto consiste propiamente, en su visión completa, la sociedad humana.

Luego Nuestra Señora es Reina de esta, por así decirlo, enorme «alma colectiva» de la humanidad: la opinión pública, con todas las interacciones e interinfluencias que la constituyen.

«En mí, oh Madre mía, Vos sois Reina»

¿Cómo sería una sociedad que, de hecho, obedeciera a Nuestra Señora en cuanto su soberana? San Agustín la definió perfectamente, presentando una imagen magnífica de sacralidad, de respeto, de orden, de bienestar del alma y del cuerpo.

Contra la afirmación de los paganos de su tiempo de que la causa de tantos desórdenes en el mundo eran los católicos, el Obispo de Hipona hizo la siguiente apóstrofe: «Imaginad un reino donde el monarca y los súbditos, los generales y los soldados, los padres y los hijos, los profesores y los alumnos son católicos y proceden de acuerdo con la Ley de Dios. Tendríais el orden humano perfecto, orden de paz, de gloria, de sabiduría, de esplendor, de felicidad».

He aquí el orden que nace del hecho de que todos los hombres cumplen con la voluntad de Dios y, por lo tanto, de Nuestra Señora. Esa es la descripción del verdadero orden humano, tan diverso del desorden que hoy impera.

¿Cuál es la razón para que reine ese desorden? Al romper con la Santa Iglesia, la humanidad rompió con Nuestro Señor Jesucristo y con Nuestra Señora, pues sólo está unido a ellos quien está unido a la Iglesia. Habiéndose profundizado esa ruptura, el desorden fue entrando en el mundo hasta el auge en que se encuentra actualmente.

Ahora bien, estamos llamados a restaurar ese orden e implantar el Reino de María, es decir, la sociedad humana según la voluntad de Nuestra Señora. Porque Ella es la Reina efectiva de cada alma, de los grupos humanos menores —familia, municipio, región—, de los grupos humanos soberanos —las naciones— y de todo el género humano, antes de que el mundo se acabe debe nacer ese orden perfecto en su plenitud.

De manera que no consideramos únicamente con nostalgia épocas católicas pasadas, sino que sobre todo miramos con esperanza hacia la época católica que vendrá, el Reino de María, donde todo será así.

¿Debemos vivir solamente de una enorme añoranza y de una gran esperanza? No. Tenemos la posibilidad, cada uno en sí mismo, de proclamar el Reino de María diciendo: «En mí, oh Madre mía, Vos sois Reina. Reconozco vuestro derecho y procuro atender a vuestras órdenes. Dadme *lumen* de inteligencia, fuerza de voluntad, espíritu de renuncia para que sean efectivamente obedecidas por mí. Aunque el mundo entero se rebele y os niegue, yo os obedezco». En ese torrente de desorden y de pecado que hay en la tierra, el alma de quien afirma esto es como un diamante puro.

Así pues, Nuestra Señora continúa teniendo algunos enclaves en el mundo. Son los que a Ella se consagran, reconocen su poder y dicen: «Por muy rebelde que esté el mundo, yo me alzo y declaro: sobre mí María Santísima reina y, por eso, empiezo la Contra-Revolución para que Ella reine también sobre los demás».

Es la realeza de Nuestra Señora vista desde dos lados: como ejercida sobre mí y, en segundo lugar, haciendo de mí un varón que lucha para hacerla efectiva en la tierra. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XV. N.º 173 (ago, 2012); pp. 6-11.

En mí,
oh Madre mía,
Vos sois Reina.
Aunque el mundo
entero se rebele
y os niegue,
yo os obedezco

El Dr. Plinio corona la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima, en la década de 1980

San Pío X

Gran Papa en la Historia, gran santo en la Iglesia

El cardenal Sarto se dirigió hacia el cónclave convencido de que un gran pontífice sucedería a León XIII y se impondría, sobre todo, por su santidad. La idea de que fuera él mismo estaba muy lejos de sus pensamientos…

Alison Batista de Oliveira

Son muchos los que se engañan cuando consideran a los santos, pensando que son personas fuera de lo común, predestinados, estrellas que centellean en el cielo, mientras que nosotros, «pobres mortales», estamos como señalados a vivir en la tierra, sin tener la posibilidad de cintilar algún día junto a ellos.

Quien así piensa alimenta una idea completamente errada de la vida espiritual. La realidad es muy diferente, porque la «fórmula de la santidad» está en esta máxima de Cristo, nuestro Señor: «El que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel» (Lc 16, 10).

Y en esas divinas palabras hallamos el resumen del extenso camino recorrido por el Papa San Pío X.

Juventud forjada por el sufrimiento

Giuseppe Melchiorre Sarto, el segundo de diez hermanos, nació el 2 de junio de 1835, en el seno de una familia muy humilde: su padre, Giovanni Battista Sarto, era cartero del municipio de Riese (Italia), y su madre, Margherita Sanson, costurera.

Desde pequeño sintió en sí el llamamiento al sacerdocio. Con el fin de encaminarlo hacia la realización de dicha vocación, sus padres se dispusieron a proporcionarle los estudios necesarios, afrontando para tal serias dificultades económicas. El niño, consciente del sacrificio de sus progenitores, trataba de aliviarles esa carga en todas las cosas. Para no gastar los zapatos, se descalzaba y los llevaba amarrados sobre el hombro, volviéndoselos a poner únicamente cuando se acercaba a su destino. ¡Y esto con tan sólo 11 años!

El joven Sarto aprendió enseguida a apreciar todo lo que recibía, incluso su propia formación escolar, en la que llegó a destacar como uno de los mejores alumnos.

Inicio del ministerio sacerdotal

Concluidos sus estudios en el seminario, Sarto fue ordenado sacerdote en 1858 y enviado a Tombolo como coadjutor. En el período que estuvo en este pueblo su norma fue la de la salvación de las almas sin escatimar esfuerzos. Durante el día ejercía su ministerio y por la noche preparaba las catequesis y sermones, además de profundizar en sus estudios, sobre todo en las obras de Santo Tomás de Aquino.

El párroco, don Antonio Costantini, decía acerca de él: «Me han mandado como coadjutor un jovencito a quien debo preparar; creo que va a suceder al revés; es tan celoso, tan lleno de buen sentido y dotes, que yo aprenderé de él».[1] Sin embargo, ante su deseo de formarlo, le corregía fraternalmente sus homilías. No pasó mucho tiempo para que las predicaciones del P. Sarto empezaran a brillar por el primor de la elocuencia, la lógica y la pie-

dad, pero principalmente por conmover los corazones, hasta el punto de que el P. Costantini comentara bromeando: «Muy bien, muy bien. Pero estará feo que el coadjutor predique mejor que el cura…».[2]

Nueve años más tarde el P. Sarto recibió su primera parroquia: en Salzano. Con la experiencia de su anterior función elaboró un plan de trabajo que cumpliría al pie de la letra: visitar a todos los fieles, predicar la Palabra de Dios, ser incansable en el confesionario, confortar a los enfermos y estar a disposición para asistir a los moribundos. Todo ello sin descuidar el catecismo, cuyas clases llamaban la atención por la vivacidad, buen humor y alegría con las que las impartía.

En 1873 sobrevino una horrible epidemia de cólera en aquella región de Italia, que se cobró muchas vidas. Sin miedo al contagio, el P. Sarto redobló los cuidados con aquellos que la Providencia le había confiado. La iglesia parroquial, en lugar de cerrar sus puertas a los fieles, iba a su encuentro en la persona del cura, quien visitaba a los enfermos para confortarlos.

A finales de ese año, el joven sacerdote se hallaba extenuado por sus incesantes esfuerzos. Pero cuando le recomendaban un poco de reposo, respondía: «¡No tengáis miedo! ¡El Señor ayuda!».[3]

Dinamismo sobrenatural y natural

Transcurridos otros nueve años, una vez más Dios lo llama *ad maiora*. En 1876 el P. Sarto recibe una carta de Mons. Zinelli, obispo de Treviso: «He pensado en vos para que de golpe llenéis los tres puestos: canónigo, secretario de la curia diocesana y director espiritual del seminario».[4]

En Treviso, nuestro santo volcó sus primeros esfuerzos en el seminario. Uno de los doscientos jóvenes que allí se formaron dijo del canónigo Sarto: «Uno tenía la impresión de que en él hablaba el Señor, porque su palabra respondía siempre a nuestras necesidades y disipaba todos los temores».[5]

En efecto, transmitía a los muchachos el fuerte sentimiento de la confianza en la Providencia que sustentaba su propia vida interior; un amplio sentido práctico, capaz de captar y gobernar la realidad de los hechos; y una alegría simpática y comunicativa que ahuyentaba del alma las amarguras, haciéndola ágil y flexible para cualquier empresa.

Además, como un auténtico santo, no le podía faltar una profunda devoción a María, Medianera y Corredentora de los hombres. La piedad lo movió a preparar a un grupo de seminaristas para que ejercieran las funciones litúrgicas en las fiestas en honor de la Santísima Virgen en la catedral.

Fotos: Reproducción

Una de sus principales preocupaciones era el clero de la diócesis, al que instruía principalmente con el ejemplo

Giuseppe Sarto durante el período en que era obispo de Mantua. En la página anterior, retrato oficial de San Pío X, sacado el 9/8/1903

A la par de la agotadora tarea de cuidar de aquellos doscientos jóvenes, mantenía a su cargo la catequesis para los niños, los sermones en las iglesias de la diócesis y los trabajos de la curia, ¡tal era su dinamismo natural y sobrenatural!

En la diócesis de Mantua

Nueve años más pasaron para que este sacerdote, ya maduro, fuera elevado al orden episcopal: Mons. Sarto tomaba posesión de la sede de Mantua. La situación de la ciudad no se presentaba como de las mejores, según lo cuenta el propio santo: «Aquí estoy, "*in partibus infidelium*". Imagínese que en una parroquia de treinta mil almas ha concurrido a la Misa del obispo cuarenta mujeres, de las cuales ocho han comulgado…».[6] No obstante, de ninguna manera se dejó abatir ante esta situación.

Consciente de los buenos resultados obtenidos en Treviso, su primera actuación en Mantua fue el seminario. Mons. Sarto precisaba de clérigos: «Los únicos frutos que me ofrece este año mi seminario son la ordenación de un presbítero y de un diácono. ¡Qué miseria y cómo se me aprieta el corazón, cuando necesitaría cuanto menos cuarenta!».[7]

Sin embargo, no nos engañemos: Mons. Sarto no buscaba números, sino ministros según el corazón del Señor. Era inflexible cuando algún seminarista no presentaba signos de vocación, lo invitaba a abandonar la carrera sacerdotal. Lo hacía con dolor, pero con plena determinación, pues la vida le había enseñado que los sacerdotes formados bajo el estímulo de cálculos humanos e intereses terrenales se convertían en un castigo de Dios.

Otra de sus fuertes preocupaciones era el clero de la diócesis, al que regularmente reunía para tratar asuntos pastorales, predicándole principalmente con el ejemplo. Cierta vez, le preparó una

sorpresa a un sacerdote que atrasaba el inicio de las confesiones por quedarse durmiendo un poco más de tiempo: cuando éste entró en la iglesia se fijó que había alguien atendiendo a los penitentes en su lugar y al levantar la cortina del confesionario vio al obispo, quien esbozó una leve sonrisa…

También destacó por su empeño en valorar la música sacra, conforme escribió en 1893: «Lo que hay que recomendar es el canto gregoriano y especialmente el modo de cantarlo y hacerlo popular. ¡Oh, si se pudiese obtener que todos los fieles, igual que cantan las *Letanías lauretanas* y el *Tantum ergo*, cantasen las partes fijas de la Misa: el *Kyrie*, el *Gloria*, el *Credo*, el *Sanctus*, el *Agnus Dei*! Esta sería para mí la más hermosa de las conquistas de la música sacra, porque así los fieles, tomando parte verdaderamente en la sagrada liturgia, conservarían la piedad y la devoción».[8]

«La gema del Sacro Colegio»

Cuando Mons. Sarto cumplía treinta y cinco años de ministerio pastoral, nueve de ellos como obispo de Mantua, León XIII lo creó cardenal y luego lo promovió a patriarca de Venecia.

El Gobierno veneciano, abiertamente anticlerical, al principio se mostró hostil al nuevo pastor. Pero éste, provisto de amplia experiencia y mucho tino en la dirección de las almas, en poco tiempo se hizo querer y respetar por la ciudad de los dux, incluso por sus dirigentes.

León XIII lo consideraba con bondad y confianza y solía llamarlo «la gema del Sacro Colegio»,[9] guardando entre sus pertenecías una fotografía del cardenal.

En 1903, habiendo fallecido este pontífice, los príncipes de la Iglesia de todo el mundo se dirigieron a Roma para elegir al nuevo Sucesor de Pedro. Se cuenta que el patriarca de Venecia fue el único cardenal que compró el billete de ida y vuelta, pues muy lejos estaba de sus pensamientos la idea de convertirse en Papa.

¡Pastor del mundo entero!

Comenzó el cónclave y, tras algunos escrutinios no exentos de polémica, la orientación de los votos empezó a indicar que el cardenal Sarto sería el sucesor de León XIII. Al darse cuenta de la situación y considerando la enorme responsabilidad del cargo, intentó disuadir al Sacro Colegio, argumentando, con lágrimas en los ojos, que no era digno de ello. Con todo, la elección del Espíritu Santo ya estaba hecha.

Supo reunir, esquematizar y anatematizar los errores modernistas que, como germen oculto, se infiltraban en el rebaño de Cristo

San Pío X en 1904

El secretario del cónclave, por entonces Mons. Merry del Val, futuro Secretario de Estado, fue incumbido por el cardenal decano de obtener una respuesta definitiva del purpurado. Después de una larga búsqueda, lo encontró arrodillado ante el altar de la Madre del Buen Consejo, en la capilla paulina, con el rostro bañado en lágrimas. Mons. Merry del Val sólo tuvo fuerzas para decirle: «¡Ánimo, Eminencia!».

Finalmente, el 4 de agosto de 1903 el cardenal Sarto aceptaba su elección como Sumo Pontífice, adoptando el nombre de Pío X. Ahora su rebaño ya no sería Tombolo, Salzano, Treviso, Mantua o la gloriosa Venecia, sino el mundo entero.

Como era costumbre, un poco más tarde recibiría en audiencia al Cuerpo Diplomático. Fue un encuentro rápido, pero tan emotivo y profundo que después uno de sus representantes le preguntó a Mons. Merry del Val, manifestándole un sentimiento compartido por todos: «Díganos, ¿qué tiene este hombre que tanto nos atrae?». El eclesiástico se limitó a decir que había conocido a Su Santidad unos días antes y que había quedado igualmente impresionado. Luego, estando a solas, le pareció escuchar la respuesta: «Porque es un hombre de Dios».[10]

«Instaurare omnia in Christo»

«¡Esta es mi política!»,[11] declaraba San Pío X mientras señalaba un crucifijo, cuando le preguntaron sobre su orientación política. Y ratificaba esta afirmación al adoptar como proyecto de su pontificado la frase: «*Instaurare omnia in Christo*».[12]

De hecho, San Pío X fue ante todo un gran reformador. Con los más de cuarenta y cinco años de experiencia pastoral, hizo como pontífice lo que siempre venía haciendo, sólo que ahora a escala mundial. Así pues, le dio una profunda atención al catecismo, promoviendo una nueva edición; reformó la liturgia, facilitó la comunión frecuente para los fieles y la liberó para los niños —lo cual le valió el título de Papa de la Eucaristía—, redobló el cuidado con el canto litúr-

gico, en especial el gregoriano; inició la elaboración de un nuevo Código de Derecho Canónico; reorganizó la curia y los dicasterios romanos.

Notable fue, también, su lucha contra el modernismo. Las embestidas contra esta herejía y la promulgación de la encíclica *Pascendi Dominici gregis* —la cual contenía fragmentos redactados de su propio puño— revelan otra faceta de su rica personalidad: para proteger las ovejas, a la figura del pastor se une la del campeón de Dios, que brilla por la defensa de la verdad y condena del error.

A San Pío X le cupo reunir, analizar, esquematizar y anatematizar los errores modernistas que, como germen oculto, se infiltraban en el rebaño de Cristo. Tarea que desde hacía mucho venía ejecutando minuciosamente. En Mantua y en Venecia ya estudiaba y analizaba los libros modernistas, sin perder ocasión para denunciar sus desvíos.

El merecido reconocimiento

«Cada asunto tiene su momento y su método» (Ecl 8, 6). San Pío X obró en todo como un buen médico: actuó con eficacia y curó al enfermo, por mucho que el remedio empleado pareciera amargo al paladar en un primer momento. Y el tiempo cuidó de juzgar sus actitudes.

Una frase de Benedicto XV, que lo sucedió en el solio pontificio, bien puede corroborar esta afirmación: «Ahora comprendo cuánta razón tenía Pío X. Cuando yo era sustituto de la Secretaría de Estado, y después arzobispo de Bolonia, no en todo estaba de acuerdo con él, pero ahora reconozco lo certero de su pensamiento.[13]

Hasta la prensa lo reconocería, como lo demuestra este fragmento del periódico parisino *Les Temps*: «Pío X no ha tenido en cuenta jamás aquellos elementos que de ordinario determinan las decisiones humanas. Se ha mantenido siempre en su terreno: el de lo divino. Porque siempre se ha inspirado exclusivamente en su fe; ha sido el testimonio de la realidad, de la potencia y de la soberanía del espíritu, no temiendo afirmar que nada le falta a la Iglesia para mantenerse viva, para combatir, para vivir, con tal de que sea libre y se conserve siempre lo que es».[14]

«Me resigno totalmente»

Después de tantas batallas, conquistas y victorias llegaba la hora de que San Pío X uniera su voz a la del Apóstol cuando le pedía a Dios el premio por haber llevado a término el buen combate de la fe.

Tras la fiesta de la Asunción de la Virgen del año 1914 el pontífice se sintió levemente indispuesto, agravándose su estado de salud bruscamente la noche del 18 de agosto. Su servidor, amigo e hijo espiritual, el cardenal Merry del Val, acudió a sus aposentos a la mañana siguiente y cuenta que las últimas palabras que oyó de sus labios fueron: «¡Eminencia…, Eminencia! Me resigno totalmente».[15]

Como cordero inmolado que no abre la boca, después de esto el santo pontífice perdió la facultad del habla, a pesar de permanecer enteramente lúcido. A partir de entonces se limitó a fijar la mirada profundamente en los circunstantes. Por la noche, entregó su alma a Dios. El reloj marcaba la una y cuarto de la madrugada del 20 de agosto de 1914.

Era el crepúsculo de un pontificado solar. San Pío X dejaba esta tierra para brillar por toda la eternidad en el Cielo e interceder por la Iglesia militante a la cual en vida tanto había defendido, por la que había luchado y sufrido. La Historia lo reverencia como un gran Papa, y la Esposa Mística de Cristo lo honra como un gran santo. ✧

Fotos: Reproducción

San Pío X dejaba esta tierra para brillar por toda la eternidad en el Cielo e interceder por la Iglesia militante a la cual en vida tanto había defendido

San Pío X en su lecho de muerte, el 20 de agosto de 1914

[1] JAVIERRE, José María. *Pío X*. 2.ª ed. Barcelona: Juan Flors, 1952, p. 63.

[2] Ídem, p. 65.

[3] DAL-GAL, OFM Conv, Jerónimo. *San Pío X*. Barcelona: Cristiandad, 1954, p. 27.

[4] JAVIERRE, op. cit., p. 92.

[5] DAL-GAL, op. cit., p. 30.

[6] JAVIERRE, op. cit., p. 146.

[7] DAL-GAL, op. cit., p. 36.

[8] Ídem, p. 44.

[9] Ídem, p. 106.

[10] MERRY DEL VAL, Rafael. *São Pio X: um Santo que eu conheci de perto*. Porto: Civilização, [s.d.], pp. 26; 28.

[11] DAL-GAL, op. cit., p. 289.

[12] Del latín :«Instaurar todas las cosas en Cristo».

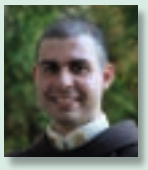
[13] JAVIERRE, op. cit., p. 278.

[14] DAL-GAL, op. cit., p. 352.

[15] MERRY DEL VAL, op. cit., p. 141.

La ley escrita más antigua

Tan antigua como el propio ser humano, esta ley no ha sido compilada por un rey de la Antigüedad, ni tallada en arcilla o labrada en piedra, sino establecida por el Señor del universo y grabada en el corazón del hombre.



Luis Javier Camilo López

Toda la Creación se rige por leyes. Desde el organismo microscópico más pequeño hasta la más descomunal de las galaxias —por centrarnos exclusivamente en el universo material— están sujetos a principios inmutables y esta ordenación de las cosas es la que hace que su existencia sea posible.

Esto que observamos en el campo de la física, de la biología o de la química es aplicable sobre todo al hombre. Por mucho que les suene antipático a ciertas mentalidades, no hay escapatoria: todo grupo de individuos que desee perpetuarse precisa establecer unas normas, pues de lo contrario se sumergirá en el caos y en la ruina.

La ley se impone como algo necesario y *bueno*. Pero ¿quién fue el primer gobernador que tuvo el sentido común de consignarlo por escrito? Viajemos a un pasado lejano en su búsqueda.

De gira por la Historia

Ya en la ancestral Mesopotamia, sobre el año 1750 a. C., se aplicaba el *Código de Hammurabi*, escrito por el rey homónimo, que recopilaba las leyes civiles y penales de entonces, grabadas sobre una gran estela de roca volcánica de 2,25 metros de altura.[1] Retrocediendo un poco más en la Historia, hallaremos otros códigos, como el de *Lipit-Ishtar* o el de *Bilalama*.[2]

Si viajamos todavía más atrás en el tiempo, nos encontramos con dos fragmentos de una pequeña tablilla de arcilla, de 10 por 20 cm, la cual, según recientes estudios, reproduce un código de leyes promulgado por el rey sumerio Ur-Nammu ¡en torno al 2050 a. C.![3] Sus más de cuatro mil años de antigüedad lo convierten, actualmente, en el texto legal más antiguo de la humanidad.

No obstante, tras realizar este viaje por la Historia, nuestra pesquisa no ha llegado a su fin. Existe aún otra ley escrita que precede a todas

La ley natural se asemeja a un faro, que nos ilumina y manifiesta «lo que es bueno y lo que es malo en el orden moral»; es la voz de nuestra conciencia

Ken Slater (CC by-sa 2.0)

las mencionadas. Tan antigua como el propio ser humano, no fue compilada por un rey de la Antigüedad, ni tallada en arcilla o labrada en piedra, sino establecida por el Señor del universo y grabada en el corazón del hombre (cf. Rom 2, 14-15). Se trata de la *ley natural*.

Francisco Lecaros

Dios Padre - Basílica de Santa Juana de Arco, Domrémy (Francia). En la página anterior, tormenta en el faro de Porthcawl (Gales)

Un reflejo de la ley eterna impreso en el corazón del hombre

Dios creó el universo —y cada ser en particular— según un orden y una finalidad: darle gloria. La Providencia divina gobierna todas las criaturas y las conduce al cumplimiento de ese plan, valiéndose para ello, entre otros medios, de una ley. Al ser Dios quien es, se podría basar en una única norma para regir tal obra: su sabiduría, la cual, en cuanto principio directivo de la Creación, constituye la *ley eterna*.[4] En este sentido, se afirma con razón que Dios no es solamente un juez infinitamente justo, sino la propia *Ley*.

Pero para auxiliar al hombre de un modo más excelente a alcanzar su verdadero destino, el divino Artífice escribió en el corazón de todo ser humano la *ley natural*,[5] reflejo y participación de la ley eterna y llamada también *ley moral*.

Orienta al hombre en su misión de glorificar a Dios, única realización capaz de proporcionarle la verdadera felicidad en esta vida y en la otra. La ley no es, por tanto, una carga que el Creador impone tiránicamente al hombre, sino un pasamano que lo conduce al bien y tiene por objetivo su felicidad.[6] Por eso la ley natural, explica el Papa León XIII, no es más que «la misma razón humana que manda al hombre obrar el bien y prohíbe al hombre hacer el mal».[7]

El principio fundamental

He aquí el «principio primero y generalísimo»[8] de la ley natural, del cual brotan los demás: *hacer el bien y evitar el mal*.

> *El Creador no le impuso al hombre una carga, sino que le dio un pasamano que lo conduce al bien y tiene por objetivo su felicidad*

La ley impresa en nuestras almas se asemeja a un faro, que nos ilumina y manifiesta «lo que es bueno y lo que es malo en el orden moral».[9] En otras palabras, es la voz de nuestra conciencia.

Con respecto a este principio el Papa Benedicto XVI[10] subraya que se trata de una verdad cuya evidencia se impone a cada uno. A partir de ella el hombre deduce naturalmente otros principios más concretos, que regularán sus acciones.

Sobre este punto alguien podría objetar: sí, es una teoría muy bonita, pero difícilmente aplicable. El hecho de que debemos procurar hacer el bien y evitar el mal parece algo evidente, no obstante, ¿cómo sabremos cuáles son esos «principios concretos» que, en el mundo contemporáneo, se presentan tan discutibles? ¿Qué es el bien y qué es el mal?

Responderemos por partes. En primer lugar, Santo Tomás[11] enumera algunos ejemplos de «preceptos particulares» que están en acuerdo con la naturaleza del hombre, a saber:

a) La obligación de conservar la vida, la propia y la de los demás, y evitar todo lo que la destruya.

b) El precepto de justicia que manda darle a cada uno lo que le corresponde.

c) El deber de buscar la verdad.

d) El derecho de vivir en sociedad y el respeto para con los demás.

e) La libertad humana, entendida como la posibilidad de elegir el bien de modo consciente y no un libertinaje desordenado.

f) La inclinación del hombre y de la mujer a formar una familia y educar a sus hijos.

Cada uno de estos principios podría ser encajado en alguno de los mandamientos del Decálogo, pues Dios, más que labrarlos en tablas de piedra en lo alto del Sinaí, los grabó en la conciencia de los hombres de todas las épocas y culturas.[12]

¿Una ley perenne y universal?

Sí, la ley natural siempre ha estado presente entre los seres humanos, porque es inherente a nuestra condición. Y, ya que ésta no cambia, los primeros principios de esa ley y sus conclusiones inmediatas no pueden alterarse sustancialmente, de suerte que algo que antes era moralmente malo ahora pase a ser bueno.[13]

La encíclica *Veritatis splendor* esclarece que tales preceptos permane-

cen siempre válidos en su sustancia, pero admite que, a semejanza del depósito de la fe, puedan ser precisados y determinados mejor a lo largo del tiempo bajo el amparo del magisterio de la Santa Iglesia.[14] La ley natural admite añadiduras, ¡no amputaciones!

Ahora bien —nos recordará nuestro objetante—, si esos preceptos están escritos en la naturaleza de todo hombre y son, por eso mismo, universales y perennes,[15] ¿cómo se explica que actualmente haya tantos que los nieguen?

Hay que hacer una distinción. En primer lugar, la ley moral es igual para todos, pero no es *conocida* igualmente por todos.

El gran moralista San Alfonso María de Ligorio,[16] siguiendo siempre el pensamiento de Santo Tomás de Aquino, enseña que nadie puede alegar una total ignorancia de los principios primarios de la ley natural y de sus conclusiones inmediatas, que él identifica como los Diez Mandamientos.

Sin embargo, existen otras consecuencias remotas no tan fáciles de deducir y que pueden ser ignoradas por algunos, como, por ejemplo, la implicación moral de la mentira oficiosa —es decir, aquella que se dice para obtener algún beneficio o evitar un castigo, pero que no conlleva perjuicio para nadie— o el matar a un agonizante con vistas a abreviar sus sufrimientos.[17] Para que estas conclusiones más remotas sean conocidas se precisa de cierta instrucción.

Francisco Lecaros

Santo Tomás de Aquino - Iglesia de Santa Catalina, Pisa (Italia)

Los principios de la ley natural y sus conclusiones inmediatas no pueden ser alterados sustancialmente; admiten añadiduras, no amputaciones

El oscurecimiento de la ley natural a causa del pecado

A parte de esto, el hombre puede oscurecer y deturpar la voz de la conciencia. En la Carta a los romanos, el apóstol San Pablo reprende duramente a los que, a causa del pecado, turbaron la ley natural en su interior: «Lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son perceptibles para la inteligencia a partir de la creación del mundo a través de sus obras; de modo que son inexcusables, pues, habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como Dios ni le dieron gracias; todo lo contrario, se ofuscaron en sus razonamientos, de tal modo que *su corazón insensato quedó envuelto en tinieblas*» (Rom 1, 20-21).

Por los hábitos corrompidos y por las pasiones desordenadas, el hombre deturpa su inclinación natural hacia el bien.[18] Va progresivamente cegándose y perdiendo la capacidad de distinguir el bien del mal[19] y, como consecuencia, yerra con facilidad, al escoger un mal que para él tiene apariencia de bien. De este modo, al cambiar «la verdad de Dios por la mentira» (Rom 1, 25), se entrega a toda clase de desórdenes y pasiones vergonzosas (cf. Rom 1, 26-32). Tal parece ser el estado general de la sociedad en nuestros días.

El llamamiento a reencender la ley natural en los corazones

Si bien que dicha situación no es irremediable. El gran San Agustín

[1] Cf. SAINT AMANT, EP, Alejandro Javier de. «Para implantar la justicia en la tierra...». In: *Heraldos del Evangelio*. Madrid. Año X. n.º 108 (jul, 2012); p. 33.

[2] Cf. KRAMER, Samuel Noah. *La Historia empieza en Sumer*. Madrid: Alianza, 2017, pp. 86-87.

[3] Cf. Ídem, p. 85-87.

[4] Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 93, a. 1.

[5] Cf. Ídem, q. 91, a. 2.

[6] Cf. FERNÁNDEZ, Aurelio. *Teología Moral. Moral Fundamental*. 4.ª ed. Burgos: Aldecoa, 2006, v. I, p. 682.

[7] LEÓN XIII. *Libertas præstantissimum*, n.º 6.

[8] BENEDICTO XVI. *Discurso a los participantes en el congreso sobre la ley moral natural*, 12/2/2007.

[9] FERNÁNDEZ, op. cit., p. 677.

[10] Cf. BENEDICTO XVI, op. cit.

[11] Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., q. 94, a. 2. Véase también: BENEDICTO XVI, op. cit.; FERNÁNDEZ, op. cit., p. 678.

[12] Cf. BENEDICTO XVI. *Discurso en el concierto con ocasión del sexagésimo aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos*, 10/12/2008.

[13] Cf. FERNÁNDEZ, op. cit., p. 681.

[14] Cf. SAN JUAN PABLO II. *Veritatis splendor*, n.º 53.

[15] «La ley natural es universal en sus preceptos, y su autoridad se extiende a todos los hombres» (Ídem, n.º 51).

[16] En estos últimos tiempos se ha intentado presentar una falsa figura de San Alfonso como el opositor a toda ley y que apuesta exclusivamente en el subjetivismo de la conciencia.

afirma que la ley fue «de tal modo escrita en el corazón de los hombres, que ni la misma iniquidad puede borrar».[20] Aunque la ley natural pueda oscurecerse en su interior, nunca podrá ser extirpada de él enteramente.[21]

Y, en sentido contrario a la corrupción de la conciencia descrita más arriba, el fundador de los redentoristas añade que, según Santo Tomás,[22] así como el vicio y las pasiones desordenadas oscurecen la ley natural, el aumento de la fe y la acción de la gracia hacen crecer el conocimiento del bien y la inclinación natural hacia él. De suerte que es posible reencender esa luz en los corazones en los que está entenebrecida.

Ahora bien, como hemos dicho, la práctica de la ley natural es la puerta para adquirir la felicidad en esta tierra. El hecho de que el hombre contemporáneo trate evadir los Mandamientos acaba trayéndole amargura, pues lo lleva a actuar contra su propia naturaleza.

Por consiguiente, es un inmenso acto de misericordia el reavivar en el ser humano la voz de la conciencia, acallada por el pecado, y no hay pretexto pastoral que dispense a los predicadores de dicho objetivo. El que alegue lo contrario no desea el bien de las ovejas, sino su perdición.

En varias ocasiones el Papa Benedicto XVI ha hecho un llamamiento para reencontrar la verdad de la ley natural, que la sociedad contemporánea se ha vuelto incapaz de comprender. Durante su pontificado pidió que tales verdades no fueran recordadas tan sólo a los individuos, sino también amparadas y promovidas en los distintos niveles de la sociedad.[23] El Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, con razón, afirmaba que «la Contra-Revolución tiene, como una de sus misiones más destacadas, la de restablecer o reavivar la distinción entre el bien y el mal, la noción del pecado en tesis, del pecado original y del pecado actual».[24]

Es un inmenso acto de misericordia el reavivar la voz de la conciencia, acallada por el pecado; alegar lo contrario es desear la perdición de las almas

San Alfonso María de Ligorio - Iglesia de San Miguel, Enniskillen (Irlanda del Norte)

Andreas F. Borchert (CC by-sa 3.0)

Por otra parte, en estos tiempos en los que hay quienes abusan del poder pretendiendo cambiar estas «normas anteriores a cualquier ley humana»,[25] «la ley natural constituye la verdadera garantía ofrecida a cada uno para vivir libre y respetado en su dignidad de persona, y para sentirse defendido de cualquier manipulación ideológica y de cualquier atropello perpetrado apoyándose en la ley del más fuerte».[26]

Ante el clima de relativismo, de subjetivismo moral y de indiferentismo religioso de la sociedad contemporánea se yergue como un sólido baluarte la ley natural, «el firme fundamento en que se apoyan la moral, la justicia, la religión y la misma sociedad».[27]

Unámonos al llamamiento de reencender esa luz en los corazones, seguros de que para salir de la situación de error y de pecado en la que se encuentra la humanidad es necesario un auxilio especial de la gracia y una sincera conversión a la más antigua de las leyes escritas, la ley natural. ✧

Sin embargo, el estudio de la teología moral de este santo doctor y de las circunstancias históricas que motivaron sus publicaciones rechaza tal interpretación. San Alfonso era un verdadero pastor y, por eso, buscaba la salvación de los hombres. Recordaba incesantemente las normas morales que deben cumplirse y el amor a la voluntad de Dios que debe ser atendida, como de ello dan testimonio sus sermones y escritos espirituales (cf. FERNÁNDEZ, op. cit., p. 371).

[17] Cf. SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. *teología Moral*. L. I, tract. 4, c. 2, a. 2.

[18] Cf. FERNÁNDEZ, op. cit., p. 681.

[19] Cf. CONCILIO VATICANO II. *Gaudium et spes*, n.º 16.

[20] SAN AGUSTÍN. *Confessionum*. L. II, c. 4, n.º 9. In: *Obras*. 7.ª ed. Madrid: BAC, 1979, v. II, p. 118.

[21] «En cuanto a los principios más comunes, la ley natural no puede en modo alguno ser borrada de los corazones de los hombres si se la considera en universal» (SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., q. 94, a. 6).

[22] Cf. Ídem, q. 93, a. 6.

[23] Cf. BENEDICTO XVI. *Discurso a los participantes en la sesión plenaria de la Comisión Teológica Internacional*, 5/12/2008.

[24] CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Revolução e Contra-Revolução*. 5.ª ed. São Paulo: Retornarei, 2002, p. 132.

[25] BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en el congreso sobre la ley moral natural*, op. cit.

[26] BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en la sesión plenaria de la Comisión Teológica Internacional*, op. cit.

[27] LEÓN XIII, op. cit., p. 20.

(CC by-sa 3.0)

Un cantor de Dios en pleno Humanismo

En este mes se cumplen quinientos años de la muerte de Josquin Desprez, ilustre compositor franco-flamenco que, con su música, recordó que el arte es un instrumento en las manos del hombre para la gloria de Dios.

Luis Felipe Marques Toniolo Silva

Entre mármoles de Carrara y frescos de Miguel Ángel, la capilla Sixtina esconde un tesoro menos conocido. Es una preciosidad discreta, dibujada no con finas pinturas, sino con rústico grafito. Sus contornos nada tienen de los elegantes cuadros de Rafael o de los monumentales proyectos de Bernini. Se trata de una simple firma: Josquini.

No es raro que los restauradores de los ambientes vaticanos encuentren firmas de ese género, pues entre los siglos XV y XVIII los cantores papales solían grabar sus nombres en aquellas paredes. Muchos estudiosos juzgan bastante razonable atribuirla a Josquin Desprez.[1]

Esas letras son la única firma del famoso compositor que ha llegado hasta nuestro siglo. Parcos —y, en gran parte, inciertos— son aún los datos biográficos que de él se conocen, pero su obra es una de las mayores riquezas del Renacimiento para la piedad de los fieles.

Los primeros solfeos de Josquin

Josquin Lebloitte, llamado Josquin Desprez, Des Près o simplemente Josquin —diminutivo de José—, nació en torno al 1440, en los confines de Borgoña, posiblemente en Beaurevoir.[2]

Los primeros solfeos de Desprez fueron en el coro de la iglesia, inicialmente en su tierra natal y, luego, en Italia. No se sabe con seguridad cuál era el registro de su voz, pero los historiadores deducen que, una vez alcanzado el timbre definitivo, fuera bajo.[3]

Sus dotes no tardaron en llamar la atención de los grandes mecenas de la época y el joven músico fue invitado muy pronto a servir en la corte de los hombres más influyentes de su tiempo, como los duques de Ferrara y de Milán o el propio rey de Francia, Luis XII.

El arte para el hombre, ya no para Dios

Europa pasaba aquellos años por una terrible crisis. El Humanismo alcanzaba su apogeo y la cristiandad se adentraba en el alto mar del Renacimiento. Esos movimientos culturales, que producían una riqueza artística indiscutible, obraban como contrapartida un cambio radical en el pensar y en el actuar del hombre, especialmente en sus relaciones con Dios.

En un primer momento, esa revolución de los siglos XV y XVI no creó ni herejes ni ateos; no obstante, introdujo en el corazón humano una especie de paradoja, por la cual Dios no era negado, sino olvidado.

Las obras artísticas del Renacimiento dan buen testimonio de esa realidad. Cuando alguien contempla una estatua de la Virgen o de un santo esculpida por Miguel Ángel, se admira con la habilidad del cincel que trabajó aquellos mármoles: la levedad de los trazos, la expresividad de las fisonomías, la perfección de los gestos. Sin embargo, el fiel que observa la imagen no se siente inclinado a arrodillarse ante ella para rezar y, cuando prosigue su camino, su alma sale fría como la piedra que sirvió al escultor.

A pesar de haber alcanzado innegablemente un auge, el arte renacentista no cumplió con la finalidad de acercar al hombre a Dios.

De la música profana a las composiciones religiosas

La música de Josquin Desprez, con todo, ora afina con los acordes de la perfección humana del Renacimiento, ora armoniza con melodías más propiamente angélicas, que cantan sin cesar la gloria de Dios.

Parte de la vida del compositor transcurrió en el esplendor de las cortes italianas, donde los príncipes poe-

tas se complacían en contar en su entorno con músicos de valor. En 1484, no obstante, Josquin ingresó en el coro papal y la música religiosa pasó a ser su principal preocupación. Los estudiosos concuerdan que fue en ese período donde logró la perfección de su estilo. En Italia su prestigio creció tanto que le valió el título de *princeps musicorum*, el príncipe de los músicos.

Desde el aspecto técnico, Josquin lanzó las bases de la polifonía sacra, convirtiéndose en el precursor de Giovanni Pierluigi da Palestrina. Sus músicas están marcadas por artificios audaces en el contrapunto, en la inversión y la imitación de unas voces por otras voces. Algunas de sus obras son tan complejas que los musicólogos no saben exactamente cómo se cantaban. Llegan a plantear la hipótesis de que algunas de ellas no estuvieran destinadas a su ejecución, sino a la enseñanza. Otros piensan, además, que sólo podrían ser ejecutadas con acompañamiento instrumental. Ese es el caso del *Agnus Dei* de su misa *L'homme armé*.[4]

En 1498 el compositor dejó Roma, se dirigió a Módena, París y, finalmente, a Ferrara, donde se estableció en 1503 al servicio del famoso duque Ercole d'Este. Más tarde regresaría a Francia. Josquin Desprez quiso pasar los últimos años de su vida dedicándose exclusivamente a la música religiosa. En 1504 se mudó a la ciudad de Condé-sur-L'Escaut, cerca de Lille, donde dirigió un coro hasta el final de sus días.

Se cuenta que la última música que compuso fue un *Pater Noster*. Antes de fallecer le pidió al coro que la cantara en su cortejo fúnebre, así como un *Ave Maria*, también de su autoría.

Josquin Desprez marchó rumbo a los coros celestiales el 27 de agosto de 1521. Es difícil evaluar hoy día la totalidad de su obra, puesto que en los años siguientes a su muerte era tal la fama del músico que muchos copistas y editores no resistieron la tentación de atribuirle composiciones anónimas, para que fueran compradas. Por tanto, existe entre los especialistas una gran divergencia de opinión en cuanto a la autoría de las músicas compuestas por él. La mayor parte enumera al menos dieciocho misas, ciento diez motetes y setenta canciones de carácter profano.

Música que nos hace sentir hijos de Dios

Pese a ello, los siglos fueron inclementes con el gran compositor y no preservaron mucho su memoria: su celebridad disminuyó con el tiempo, incluso hasta llegar a eclipsarse por completo en el período barroco. No se sabe nada de su vida privada. No obstante, si es verdad el principio de que el artista imprime algo de su propia personalidad en su obra, las melodías de Josquin permiten entrever algunos rasgos de su espiritualidad y piedad.

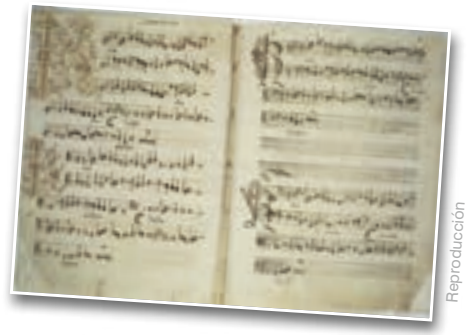
Piedad, he aquí la palabra acertada para caracterizar las músicas del compositor franco-flamenco. Santo Tomás de Aquino[5] afirma que ese es el don por el cual el Espíritu Santo mueve al hombre a rendirle culto a Dios como Padre, a quien ama con ternura, reverencia y obedece.

Cuando resuenan las armonías de Josquin, sea una oración a la Virgen, como en la sublime *Ave Maria Virgo serena*, sea en un coloquio con el Señor, como en el grave *Tu pauperum refugium*, el fiel es lanzado al regazo de Dios. A menudo son sencillas melodías, desprovistas de ornamento y virtuosismo, pero que por eso mismo representan la oración del alma cándida que le dirige al Padre una palabra simple, con la seguridad de que será escuchada.

¿Un compositor fuera de su tiempo?

Analizado desde ese aspecto, Josquin se presenta como un compositor atrasado en su tiempo, cuando la reverencia a lo sobrenatural y a lo trascendental había sido desterrada del arte y de la filosofía.

Sin embargo, hay que decir que se encontraba por delante de su siglo y más allá de esta tierra, porque sus melodías, recogidas y piadosas, hacen presentir algunos punteados de las armonías celestiales.

Josquin no componía meras músicas, componía oraciones; un atributo que les faltó a los artistas del Renacimiento. Rompió el silencio y fue, en pleno Humanismo, un cantor de Dios. ✧

Reproducción

Sus melodías representan la oración del alma que le dirige al Padre una palabra simple, con la seguridad de que será escuchada

Manuscrito de la «Missa De Beata Virgine», por Josquin Desprez. En la foto anterior, retrato del compositor, por Charles G. Housez

[1] Cf. PIETSCHMANN, Klaus. Ein Graffito von Josquin Desprez auf der Cantoria der Sixtinischen Kapelle. In: *Die Musikforschung*. Kassel. Año LII. N.º 2 (abr-jun, 1999); 204-207.

[2] No se sabe con seguridad cuál fue la ciudad natal de Josquin. Algunos suponen que es Condé-sur-l'Escaut, el sitio donde fallecería (cf. COMBARIEU, Jules. *Histoire de la musique. Des origines à la fin du XVI^e siècle*. 8.ª ed. Paris: Armand Colin, 1948, v. I, p. 431).

[3] ERZILBENGOA, Eline. *Le «prince de la musique» Josquin des Prés, compositeur picard de génie à la fin du XV^e siècle*. In: france3-regions.francetvinfo.fr.

[4] Cf. COMBARIEU, op. cit., pp. 433-434.

[5] Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 121, a. 1.

Una lamparita a los pies del Sagrado Corazón de Jesús

Timothy Ring

Al rezar ante la imagen del Corazón de Jesús, Dña. Lucilia se asemejaba a la llama de una lamparita que arde junto al Santísimo Sacramento: encendida sólo para Dios, ajena al entorno, triunfante en medio de las tinieblas.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Con el transcurso de los años, Dña. Lucilia se vio obligada a reducir, poco a poco, sus tareas domésticas, pues, como era natural, le iban faltando las fuerzas. Sin embargo, no se quedaba inactiva y ocupaba los ratos libres con su quehacer preferido: la oración, la silenciosa intimidad con el Sagrado Corazón de Jesús.

Contemplación y oración

Bajo la misericordiosa mirada de una bella imagen permanecía las mañanas en su cuarto pasando infatigablemente las cuentas de su rosario, alternando el rezo de éste con letanías y novenas que habitualmente rezaba, además de otras oraciones, en general sacadas de su libro de piedad predilecto, el *Goffiné*,[1] que poseía desde su juventud.

Una de sus oraciones preferidas era la *Novena irresistible al Sagrado Corazón de Jesús*, que debe haber rezado con mayor insistencia en los períodos de prueba.

Otra oración con la cual Dña. Lucilia imploraba también la protección divina era el Salmo 90, que copió con su bonita letra. Estos luminosos versículos, inspirados por el Espíritu Santo, los rezaba, seguramente, teniendo en vista, en primer lugar, las luchas de su «*filhão*»[2] y los obstáculos que éste encontraba.

A lo largo del día, según las circunstancias e intenciones por las que rezaba, Dña. Lucilia hacía sus oraciones en diferentes lugares de la casa: andando lentamente por el pasillo; sentada en el comedor mientras miraba la puesta de sol sobre los árboles de la plaza Buenos Aires; en el cuarto de su hijo, delante de las imágenes que estaban sobre la mesita de noche; o, con más frecuencia, en el despacho, sentada en la mecedora, que hacía balancear casi imperceptiblemente, pareciendo estar envuelta en diáfana nube de serenidad.

Quien la viese entonces no sabría decir si había interrumpido sus oraciones vocales para meditar o viceversa..., pues contemplación y oración constituían un todo en su espíritu.

Testimonio de sus peticiones y sus actos de adoración

Con la llegada de la ancianidad, Dña. Lucilia se habituó a rezar hasta altas horas de la madrugada delante de la imagen de alabastro del Sagrado Corazón de Jesús que presidía el salón principal de su casa. Cuando el Dr. Plinio volvía, tras una noche de intensa actividad, aún la encontraba en ese sitio, a menudo de pie, erguida a pesar de la edad, con los labios muy cerca del Corazón de Nuestro Señor, a veces con los ojos cerrados, y rosario en mano. Daba la impresión de que acababa de hablar con Jesús en aquel instante.

Conforme a la intensidad del empeño que ponía al formular sus intenciones, colocaba reverentemente la punta de sus finos dedos sobre los divinos pies o las adorables manos del Salvador. Quien la viese rezar así —con tanta humildad, plenamente convencida de ser amada por Nuestro Señor, y recelosa de faltar a la delicadeza y a la reverencia a Él debidas— no podría dejar de conmoverse profundamente.

¡Cuántas peticiones por sus más allegados, cuántas consideraciones con respecto de la vida, de las luces y de las cruces en esta existencia terrena, de las glorias o tragedias de la cristiandad, no le habrá presentado al divino Redentor!

Junto al Sagrado Corazón de Jesús, Dña. Lucilia se parecía en ciertas ocasiones a la llama de una lampari-

ta que arde delante del Santísimo Sacramento. Está encendida sólo para Dios, nuestro Señor, ajena a lo que pasa alrededor, pero sobre todo no se apaga, no disminuye, triunfa suavemente en medio de las tinieblas, intacta en una especie de trono, en su holocausto, en el círculo rubro donde está el aceite del que se abastece.

Doña Lucilia rezó tanto delante de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús del salón que a ésta quedó vinculado, de modo imponderable, algo de su persona. En los pies, en la rodilla izquierda y en las manos de esa imagen, ligeramente marcados por sus besos, dejó Dña. Lucilia el testimonio de la insistencia de sus peticiones y de la intensidad de sus actos de adoración.

En coloquio con el divino Redentor

Inmersa en la oración, con frecuencia no se daba cuenta de la llegada de su hijo, a lo que contribuía la disminución progresiva de su audición. Él, no queriendo interrumpirla, anunciaba su presencia con un leve toque de mano, al cual Dña. Lucilia respondía con un discreto gesto con los dedos, como diciendo: «Hijo mío, te hago una señal tan sumaria porque estoy en coloquio con Nuestro Señor y ante Él cualquier persona es nadie…». Y permanecía en la misma actitud de recogimiento, rezando, rezando…

Pero si la oración se prolongaba mucho, el Dr. Plinio intentaba convencerla de que se fuese a dormir.

> *Bajo la mirada del Sagrado Corazón de Jesús, Dña. Lucilia hacía sus oraciones pareciendo estar envuelta en diáfana nube de serenidad*

Doña Lucilia, queriendo ganar un poco más de tiempo, respondía:

—*Filhão*, espera un poquito; ve haciendo tus cosas que dentro de poco termino.

Otras veces el Dr. Plinio se aproximaba por detrás, sin hacer ruido, y de modo afectuoso la envolvía con sus brazos. Doña Lucilia, sabiendo que era su hijo, no manifestaba la menor sorpresa, se volvía calmamente, lo besaba e intercambiaba con él algunas palabras. En esas ocasiones en que ella interrumpía sus oraciones, era bonito ver cómo cambiaba de modo lento y ordenado su estado de espíritu, pasando de la consideración de lo Infinito para lo finito, con armonía y naturalidad.

Acabada la breve charla, si Dña. Lucilia hacía ademán de volver a rezar, el Dr. Plinio intentaba convencerla cariñosamente de que se fuese a dormir.

El Dr. João Paulo, su marido, a veces se despertaba e iba al salón a llamarla. Y exclamaba con cierto énfasis, abriendo los brazos de modo muy peculiar:

—Señora, ¡las tres de la mañana..., señora!

Doña Lucilia, sin perturbarse, se volvía ligeramente hacia su esposo y le hacía una discreta señal con la punta de los dedos, indicándole que iría enseguida. A lo que él replicaba:

— ¡Ah, no! No va a venir, sino que se quedará rezando.

Ella, sin responder, continuaba un poco más, concluía la oración, hacía lentamente la señal de la cruz, besaba por última vez la imagen del Sagrado Corazón y entonces se dirigía hacia el cuarto tranquilamente. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 550-553.

---

[1] *Manual del cristiano*, del P. Leonardo Goffiné (1648-1719).

[2] Aumentativo de «*filho*», hijo en portugués. Término usado cariñosamente por Dña. Lucilia para dirigirse al Dr. Plinio, desde que era pequeño. Preferimos mantener la escritura original a cualquier traducción, al considerarla más expresiva.

Doña Lucilia el 18 de marzo de 1968, casi a un mes de su fallecimiento, con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús ante la que solía rezar

Fotos: Ariane Silva

Brasil – A instancias de la embajadora de República Dominicana en Brasil, Patricia Villegas de Jorge, los Heraldos del Evangelio interpretaron un concierto de canto en la exposición de arte sacro llevada a cabo en la embajada de ese país caribeño. Asistieron el obispo auxiliar de la arquidiócesis, Mons. José Aparecido Gonçalves de Almeida, así como diplomáticos y agregados militares de distintas naciones. Una solemne Eucaristía clausuraba el evento.

Fotos: Alain Patrick

Italia – Desde el comienzo de la pandemia de COVID-19, los Heraldos del Evangelio han estado colaborando con Cáritas de Venecia en la asistencia a personas en situación de extrema pobreza. Junto con el alimento, los misioneros les transmiten a los necesitados una palabra de consuelo espiritual en este difícil momento y les regalan objetos de piedad.

Fotos: Santiago Canals

Mozambique – En la Comunidad San José, de Motola, más de ciento cincuenta personas recibieron el Bautismo de las manos de los sacerdotes heraldos Arão Mazive y Santiago Canals. Fue la primera vez que se administró ese sacramento desde el inicio de las restricciones impuestas para combatir la pandemia.

Fotos: Guillermo Torres Bauer

Colombia – La Policía Nacional de este país se consagraba institucionalmente al Inmaculado Corazón de María a finales de mayo. El acto, realizado en Bogotá, contó con la presencia del brigadier general Silverio Ernesto Suárez Hernández, sacerdote y director de Bienestar Social. Los Heraldos fueron invitados a solemnizar la ceremonia, que comenzó con la coronación de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, seguida de una Misa y la posterior consagración.

Fotos: Ignacio Dorta

España – Como viene siendo costumbre en las ceremonias de Corpus Christi de Madrid, los Heraldos acompañaron con cánticos la salida de la custodia con el Santísimo Sacramento de la catedral de Nuestra Señora de la Almudena, durante la celebración presidida por el cardenal Carlos Osoro Sierra. Ese mismo día, los Heraldos realizaron tres conciertos de trompetas, trombones y bombos desde lo alto de los torreones de la famosa Puerta de Bisagra, en Toledo.

Fotos: Gabriell Ramos

Guatemala – Diversas actividades evangelizadoras fueron promovidas por la rama femenina de los Heraldos del Evangelio en Ciudad de Guatemala a lo largo del mes de mayo. Entre ellas destacan las visitas con la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María a residencias de mayores y hospitales.

Alpinista católico lleva una imagen de la Virgen a la cima del Everest

Abrahán Tagit Sorang, un católico de 24 años, natural de la India, realizó el sueño de subir al monte Everest. El joven practica el alpinismo desde 2013 y en los últimos cuatro años se ha estado preparando para escalar el pico más alto del mundo. Su ascensión empezó el 30 de mayo y la mañana del día siguiente, fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, fue alcanzada la meta deseada.

Para celebrar la hazaña y agradecer el éxito obtenido, Abrahán dejó sobre la cima del Everest una pequeña estatuilla de María y un rosario que siempre llevó consigo en sus expediciones. «Desde que murió mi madre en 2003, la Virgen se ha convertido en mi mamá», declaró.

Según la agencia *ANS*, Abrahán, que es miembro de la Asociación de los Cooperadores Salesianos, decía que era «consciente de que la montaña más difícil de escalar es la de la santidad, a la que pretende llegar a través del servicio a la Iglesia». Nacido en una familia protestante, el joven se convirtió al catolicismo en el año 2000.

Medidas de apoyo a la familia en Hungría

En una conferencia realizada en junio, la ministra para la Familia, Katalin Novák, mostró los buenos resultados de las recientes medidas implantadas en su país de apoyo a las instituciones religiosas y a la familia. En ese sentido, afirmó: «No proclamamos y debatimos únicamente sobre una hipotética renovación cristiana, sino que decidimos tomar las medidas necesarias». Según datos de la Eurostat, Hungría es el país de la Unión Europea que proporcionalmente más fondos concede a iglesias y establecimientos de enseñanza religiosos.

En efecto, las estadísticas evidencian la mejora alcanzada desde 2010: cada vez nacen más niños dentro del matrimonio, al paso que el índice de abortos ha disminuido considerablemente y la tasa de divorcios actual es la más baja en sesenta años. Además, el número de instituciones educativas religiosas y de niños matriculados en ellas se duplicó, fueron restauradas tres mil iglesias y construidas ciento treinta.

Gaudium Press.

Polonia renueva la consagración al Sagrado Corazón de Jesús

En una ceremonia presidida por Mons. Stanisław Gądecki, arzobispo de Poznań y presidente de la Conferencia Episcopal Polaca, el día 11 de junio, los obispos de Polonia renovaron la consagración de su país al Sagrado Corazón de Jesús.

Refiriéndose a un vitral de la basílica del Sagrado Corazón de Jesús de Cracovia, donde se realizó la ceremonia, Mons. Gądecki afirmó que los católicos deben ver allí «un llamamiento para hacer del Corazón de Dios el centro del universo. El nuevo acto es un gran impulso para recordar esta verdad, que debe estar presente en la vida de cada cristiano».

Este acto de renovación culmina las celebraciones iniciadas el año pasado por el centenario de la consagración hecha el 27 de julio de 1920, ocasión en que los obispos polacos imploraron el auxilio divino contra el avance del Ejército Rojo, obteniendo la victoria al mes siguiente, a pesar de la inferioridad numérica.

Sacerdote guillotinado por los nazis será beatificado

El P. Jan Macha, asesinado por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, será beatificado en la catedral de Cristo Rey de Katowice, Polonia, el 20 de noviembre. El sacerdote tuvo reconocido oficialmente su martirio el 29 de noviembre de 2019, pero la ceremonia de beatificación, inicialmente programada para octubre de 2020, fue atrasada como consecuencia de la pandemia de COVID-19.

Ordenado sacerdote pocos meses antes de que las tropas alemanas invadieran Polonia, el P. Macha formaba parte de un grupo de resistencia y prestaba ayuda a familias que habían perdido a sus seres queridos en el combate. La Gestapo lo capturó el 5 de septiembre de 1941 en una estación de tren en Katowice, condenándolo más tarde a muerte. Fue guillotinado el 3 de diciembre de 1942, en una cárcel de la ciudad.

El P. Macha tan sólo tenía veintiocho años de edad y poco más de tres de sacerdocio. Su cuerpo nunca fue encontrado.

Procesión eucarística para pedir protección contra el COVID-19

El Santísimo Sacramento recorrió las calles de Weliweriya, Sri Lanka, el 27 de junio, en un momento en que los lugares de culto permanecían cerrados en el país. La iniciativa partió del P. Roshan Fernando, párroco de la iglesia de San Antonio, y su principal objetivo era rogar las bendiciones del Cielo y pedir protección contra la pandemia de COVID-19.

Desde la puerta de sus casas, los fieles esperaban el paso del vehículo

Histórica iglesia de Canadá es blanco de atentado

El 30 de junio la iglesia de San Juan Bautista, de la ciudad de Morinville, provincia de Alberta, se sumó a los numerosos edificios religiosos destruidos o vandalizados recientemente en Canadá. Las autoridades locales calificaron el incendio, que redujo el templo a cenizas, de crimen de odio.

Por su parte, el primer ministro canadiense, Justin Trudeau, manifestó su pesar por lo ocurrido y condenó los ataques, alegando que «destruir lugares de culto no es el camino a seguir».

Los habitantes de Morinville, los cuales presenciaron cómo el campanario y el tejado del edificio se venían abajo, rodeados por las llamas, afirman que la centenaria iglesia era «el corazón y el alma» de la ciudad. Su pérdida es muy significativa para la región.

Fotos Gaudium Press

La iglesia de San Juan Bautista antes y después del incendio, calificado de crimen de odio por las autoridades locales

que llevaba la custodia con la Eucaristía, acompañada por el P. Fernando que los iba bendiciendo.

Estudios revelan que la práctica de la religión beneficia la salud

Un estudio realizado por la Harvard T. H. Chan School of Public Health, que confrontó datos sobre la asistencia a servicios religiosos y la mortalidad entre las mujeres, demostró que la práctica de la religión trae beneficios para la salud.

Fueron recogidos datos de más de setenta y cuatro mil mujeres, llevando en consideración los antecedentes clínicos, estilos de vida y factores demográficos. Los resultados revelan que las mujeres que van a Misa o buscan una iglesia para rezar por lo menos una vez a la semana, presentaban una reducción del 27 % ante el riesgo de desarrollar una enfermedad cardiovascular y un 21 % menos de posibilidades de contraer cáncer.

Católicos sufren un violento ataque durante una procesión en París

El 29 de mayo una procesión realizada en memoria de los ciento cincuenta años del martirio de varios católicos ejecutados por la Comuna de París —régimen anticlerical que gobernó la ciudad tras la guerra franco-prusiana de 1870— fue violentamente interrumpida por grupos contrarios a la Iglesia.

La llamada *Marcha de los mártires* debería realizar un recorrido de cuatro kilómetros que culminaría en la iglesia de Notre Dame des Otages, construida en homenaje a los mártires asesinados el 26 de mayo de 1871. Ya en el comienzo del camino el conjunto de aproximadamente trescientas personas, formado en su mayoría por familias y que incluía niños y ancianos, fue blanco de abucheos e insultos. El escenario se agravó cuando cerca de cincuenta militantes antisistema atacaron físicamente a los participantes del acto religioso. Dos ancianos fueron tirados al suelo por los agresores y un fiel tuvo que ser hospitalizado con una seria lesión en la cabeza.

En vídeos publicados en los medios sociales se puede ver a individuos vestidos de negro golpeando a los fieles, los cuales se vieron forzados a refugiarse en una iglesia vecina hasta que las autoridades controlaran la situación.

Sobre el acto perpetrado, el ministro del Interior, Gérald Darmanin, declaró: «La libertad de culto debe ser ejercida con total serenidad en nuestro país. Nuestros pensamientos están con los católicos de Francia». ✧

«¡No cambies el amor paterno por el mal!»

Pedro regresó a casa con sus dos hijos. Sin embargo, aún les angustiaba una enorme tristeza debido al destino que Leopoldo había elegido para sí. Todo lo ocurrido fue por envidia…

Lígia Tereza Lima do Amaral

En torno al año 1790, en un bonito castillo, construido sobre la montaña, vivía una familia de noble linaje compuesta por el padre, viudo, y sus tres hijos.

Luis, el mayor de ellos, se parecía bastante a su fallecida madre; aunque era muy orgulloso y se sentía con derecho a adoptar actitudes opuestas a la de su padre en tal o cual cuestión. En Leopoldo, el segundo de los hijos, su progenitor confiaba mucho: era el más decidido, prudente y calculador, pero no le gustaba que le llevaran la contraria. Gabriel era el más joven y, por tanto, el más mimado; poseía un alma extremadamente admirativa, motivo por el que los otros dos lo consideraran erróneamente como un poquito bobo.

A pesar de esas diferencias entre los hermanos, el ambiente del hogar exhalaba respeto y disciplina y, al mismo tiempo, afecto e intimidad. Allí todos eran educados en la escuela del amor, cuyo maestro era su propio padre, que se llamaba Pedro.

No obstante, a medida que pasaba el tiempo, Leopoldo se estaba volviendo diferente y su padre notaba el cambio. En realidad, andaba con pésimas amistades, se peleaba por cualquier cosita y casi siempre salía de casa sin decir ni adónde iba ni cuándo volvería. Preocupado, el propio Pedro lo seguía o bien le mandaba a Luis que lo hiciera.

Cierta vez, cuando este cometido estaba a cargo del cabeza de familia, encontró a Leopoldo en el bosque cercano al castillo. Cuál no fue su sorpresa cuando lo vio hablando con tres muchachos jacobinos, ¡planeando matar a su hermano más joven! Pasmado ante la trágica escena, regresó apresuradamente para su casa, le contó a Luis lo que había escuchado y juntos pensaron cómo salvar la vida de Gabriel y el alma de Leopoldo.

Al amanecer del día siguiente, el criminal encontró debajo de su almohada una nota: «"Incluso mi amigo, de quien yo me fiaba, que compartía mi pan, es el primero en traicionarme" (Sal 40, 10). Que el Sagrado Corazón de Jesús no permita que esta frase se aplique a nosotros, sino que Él le conceda la gracia de dejarse amar por mí y de que nunca dude del amor que le tengo». Al terminar de leerla, Leopoldo arrugó el papel y lo tiró por la ventana. Los días transcurrían, mientras el corazón de Pedro sufría cada vez más al ver a su hijo embrutecerse en el mal.

Llegado el día de la ejecución del plan, todos despertaron aprensivos, con excepción de la víctima, que no sabía nada. A las tres de la tarde, Leopoldo invitó a Gabriel a dar un paseo en barco, que feliz y prontamente aceptó.

Nada más salieron de casa, el padre y el primogénito marcharon hacia el mismo lugar, pero por otro camino. Después de algunos minutos, Leopoldo le preguntó al pequeño si no le gustaría jugar al escondite. Tras su respuesta afirmativa, arrimó la barca a la orilla del río y «fue a esconderse» mientras Gabriel contaba: «Uno, dos, tres, cuatro…». ¡Qué ajeno estaba el niño a la emboscada que su propio hermano había tramado contra él!

«…cincuenta! ¡Ya! Ahora voy a buscarte, Leopoldo». Lo anduvo procurando un poco y avistó a alguien a corta distancia: «¡Leopoldo, quieto! ¡Te he encontrado!». Pero el bulto no se movía y por eso Gabriel repitió sus palabras, pensando que no le había escuchado. Y, para su asombro, la persona que se dio la vuelta ¡no era su hermano!, sino un jacobino que le estaba apuntando con un arma. El niño gritó y se escondió entre los arbustos. Lloraba copiosamente y temblaba.

Muerto de miedo pensaba consigo mismo: «¿Dónde estará papá? Siempre me había dicho que nunca me abandonaría y que en todo momento estaría a mi lado. ¿Se habrá olvidado de su promesa?». Le rezaba sin parar al Sagrado Corazón de Jesús, hasta que percibió que se acercaba alguien. No osó ni levantar la cabeza; sólo trató de agacharse y ocultarse más aún.

Cuando parecía que estaba presto a ser descubierto, oyó un disparo que procedía del jacobino. Se siguieron unos instantes de silencio. De repente, percibió que aquella persona se estaba acercando… Pero, curiosamente, Gabriel ya no sentía pavor, se levantó y ¡se encontró con su padre! Dándole un fuerte abrazo le preguntó:

A medida que pasaba el tiempo, Leopoldo se estaba volviendo diferente…

Ilustraciones: Tatiana Villegas

«Hijo mío, ¿no te acuerdas de mi promesa de no abandonarte nunca?»

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Hijo mío querido, ¿no te acuerdas de mi promesa de no abandonarte nunca? Mi corazón me reveló donde estarías.

¿Qué había pasado realmente?

Tras salir rápidamente del castillo, Pedro y Luis se dirigieron hacia el bosque. Allí divisaron a Gabriel contando y a Leopoldo haciendo señas al jacobino. Sin dudarlo, el hermano mayor fue al encuentro del enemigo, mientras el padre avanzaba para socorrer al niño.

Luis, de puntillas, se acercó al revolucionario y con un palo le hirió en la cabeza, lo que le hizo fallar la puntería y disparó al aire. Alarmados con la presencia de los demás miembros de la familia, Leopoldo y su cómplice huyeron a toda prisa.

Después de eso, Pedro volvió a casa con sus dos hijos. Sin embargo, aún les angustiaba una enorme tristeza debido al destino que Leopoldo había elegido para sí. Todo había ocurrido por envidia…

Pasaron varios días. Arrepentido del crimen y de los celos que había alimentado contra Gabriel, el pecador regresó a la casa paterna y, entre lágrimas y sollozos, le dijo a su padre:

—Padre, he pecado contra Dios, contra ti y contra mi hermano. Ya no merezco ser llamado «hijo», trátame como un empleado. Pero, por favor, acepta mi pedido de perdón.

Pedro le respondió:

—Hijo mío, nada me alegra más que verme nuevamente acogido en tu corazón. ¡No cambies el amor paterno por el mal! Todo lo que ha pasado ya está perdonado; tan sólo te pido que restituyas ese perdón dejándote amar.

—No te olvides tampoco de que siempre tendrás a tus hermanos. Te queremos mucho y estaremos siempre a tu lado para ayudarte en las dificultades y las luchas —concluyó Luis.

Tras la reconciliación, entraron en casa. De ahí en adelante la armonía volvió a reinar en el hogar. La bendición del Sagrado Corazón posaba sobre cada uno, tan pronto como se dejaron amar. ✧

Los santos de cada día

1. XVIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Alfonso María de Ligorio, obispo y doctor de la Iglesia (†1787 Pagani - Italia).

Beata María Estrella del Santísimo Sacramento, virgen y mártir (†1943). Superiora de la Congregación de las Hermanas de la Sagrada Familia de Nazaret, de Novogrúdok, Bielorrusia, fusilada junto con otras diez monjas de su comunidad.

2. San Eusebio de Vercelli, obispo (†371 Vercelli - Italia).

San Pedro Julián Eymard, presbítero (†1868 La Mure - Francia).

Beato Francisco Calvo Burillo, presbítero y mártir (†1936). Dominico fusilado en el municipio de Híjar, España.

3. San Martín, eremita (†580). Vivió en contemplación y oración en una estrecha cueva del monte Mássico, Italia.

4. San Juan María Vianney, presbítero (†1859 Ars sur Formans - Francia).

Beata Cecilia Cesarini, virgen (†1290). Recibió el hábito monacal de las manos del propio Santo Domingo, en Bolonia, Italia.

5. Dedicación de la Basílica de Santa María la Mayor.

Santa Nona, laica (†374). Madre de San Gregorio Nacianceno, de Santa Gorgonia y de San Cesáreo. Convirtió a su esposo San Gregorio el Viejo.

6. Transfiguración del Señor.

Santa María Francisca de Jesús (Ana María Rubatto), virgen (†1904). Fundó en Loano, Italia, el Instituto de las Hermanas Terciarias Capuchinas.

7. San Sixto II, Papa, **y compañeros,** mártires (†258 Roma).

San Cayetano de Thiene, presbítero (†1547 Nápoles - Italia).

San Donato, obispo y mártir (†s. IV). Obispo de Arezzo, decapitado por orden del emperador Juliano el Apóstata, junto al cual había recibido formación religiosa en su juventud.

Santa Elena - Iglesia de San Quiliano, Alsacia (Francia)

8. XIX Domingo del Tiempo Ordinario.

San Domingo de Guzmán, presbítero (†1221 Bolonia - Italia).

Santa Bonifacia Rodríguez Castro, virgen (†1905). Fundó en Salamanca, España, la Congregación de las Siervas de San José.

9. Santa Teresa Benedicta de la Cruz, virgen y mártir (†1942 Auschwitz - Polonia).

Beato Falco, eremita (†s. X/XI). Nacido de noble familia de Calabria, Italia, abrazó la vida monástica entre los basilios.

10. San Lorenzo, diácono y mártir (†258 Roma).

Beato Arcángel de Calatafimi Piacentini, presbítero (†1460). Religioso franciscano que fundó el convento de Santa María de Jesús, en la localidad siciliana de Alcamo.

11. Santa Clara de Asís, virgen (†1253 Asís - Italia).

Beato Miguel Domingo Cendra, mártir (†1936). Salesiano asesinado en la persecución religiosa durante la guerra civil española.

12. Santa Juana Francisca de Chantal, religiosa (†1641 Moulins - Francia).

Beato Inocencio XI, Papa (†1689). Emprendió una gran obra de moralización de las costumbres. Impuso severas normas a los obispos, dando él mismo ejemplo de austeridad.

13. Santos Ponciano, Papa, **e Hipólito,** presbítero, mártires (†c. 236 Cerdeña - Italia).

Beato Marcos de Aviano, presbítero (†1699). Sacerdote capuchino, gran predicador y taumaturgo. Por su influencia sobre la Santa Liga, desempeñó un papel esencial para la victoria en la batalla de Viena.

14. San Maximiliano María Kolbe, presbítero y mártir (†1941 Auschwitz - Polonia).

Beata Isabel Renzi, virgen (†1859). Fundadora de las Maestras Pías de la Virgen Dolorosa.

15. Solemnidad de la Asunción de la Virgen María.

San Estanislao Kostka, religioso (†1568). Nacido en Polonia, huyó de casa afrontando la oposición paterna a su vocación e ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús en Roma. Murió con 18 años.

16. San Esteban de Hungría, rey (†1038 Székesfehérvár - Hungría).

Santa Rosa Fan Hui, virgen y mártir (†1900). En la persecución

de los bóxers, en China, sufrió numerosas torturas y, finalmente, fue arrojada a un río aún con vida.

17. Santa Beatriz de Silva y Meneses, virgen (†1492). Joven de la más alta nobleza portuguesa, notable por su hermosura, fundó la Orden de la Inmaculada Concepción.

18. Santa Elena, reina (†c. 329). Madre del emperador Constantino; se le atribuye a ella el descubrimiento de la verdadera cruz del Señor.

19. San Juan Eudes, presbítero (†1680 Caen - Francia).

San Luis, obispo (†1297). Hijo del rey de Nápoles y sobrino de San Luis IX, renunció al trono y se hizo sacerdote franciscano. A los 22 años fue ordenado obispo de Toulouse, Francia.

20. San Bernardo, abad y doctor de la Iglesia (†1153 Langres - Francia).

Beata María Climent Mateu, virgen y mártir (†1936). Terciaria franciscana fusilada durante la guerra civil española.

21. San Pío X, Papa (†1914 Roma).

San José Dang Dinh (Niên) Viên, presbítero y mártir (†1838). Sacerdote vietnamita martirizado en tiempo del emperador Minh Mang.

22. XXI Domingo del Tiempo Ordinario.

Bienaventurada Virgen María Reina.

Beato Bernardo Peroni, religioso (†1694). Franciscano capuchino que, tras haber ejercicio los más humildes oficios en distintos monasterios de su Orden, falleció a los 90 años en el convento de Offida, Italia.

23. Santa Rosa de Lima, virgen (†1617 Lima - Perú).

San Eugenio, obispo (†s. VI). Primer obispo de Ardstraw, Irlanda.

24. San Bartolomé, apóstol.

Beato Maximiano Binkiewicz, presbítero y mártir (†1942). Sacerdote polaco que falleció en el campo de concentración de Dachau, tras padecer numerosos tormentos y suplicios.

25. San Luis, rey de Francia (†1270 Túnez - República Tunecina).

San José de Calasanz, presbítero (†1648 Roma).

Beata María Troncatti, virgen (†1969). Hija de María Auxiliadora que ejerció una larga y generosa actividad entre los shuar, o jíbaros, de Ecuador.

26. Beato Jacobo Retouret, presbítero y mártir (†1794). Religioso carmelita del monasterio de Limoges llevado preso durante la Revolución francesa a una galera donde murió de hipotermia.

27. Santa Mónica (†387 Ostia - Italia).

San Guarino, obispo (†1150). Habiendo sido monje de Molesmes en la época de San Roberto, fundó la abadía de Aulps, Francia, y la agregó a la Orden del Císter. Fue nombrado obispo de Sion, Suiza.

28. San Agustín, obispo y doctor de la Iglesia (†430 Hipona - Argelia).

Santa Joaquina de Vedruna, viuda (†1854). Después de haber educado a sus nueve hijos, fundó el Instituto de las Carmelitas de la Caridad, en Vic, España.

29. XXII Domingo del Tiempo Ordinario.

Martirio de San Juan Bautista.

San Sebbo, rey y monje (†c. 693). Soberano de los sajones orientales, abdicó tras gobernar sabiamente el reino durante treinta años y se hizo monje en Londres.

30. Beato Eustaquio van Lieshout, presbítero (†1943). Sacerdote de origen holandés perteneciente a la Congregación de los Sagrados Corazones, fallecido en Belo Horizonte, Brasil. Favorecido con el don de la curación, alcanzó fama de santidad aún en vida.

31. Santos José de Arimateia y Nicodemo. Recogieron el cuerpo de Jesús bajado de la cruz y, envolviéndolo en una sábana, lo pusieron en el sepulcro.

Fotos: Francisco Lecaros / Ralph Hammann (CC by-sa 4.0)

San Luis IX con San Eusebio de Vercelli - Iglesia de San Pantaleón, Gueberschwihr (Francia)

En la India, un vestido de luz y esplendor

El encanto es el punto común en este vestido, que parece recubrir a quien lo usa con la luminosidad y la gracia que envolvían los cuerpos de Adán y Eva en el paraíso.

Hna. Diana Milena Devia Burbano, EP

Caminar en la India no es tarea fácil. Sus calles borbotean de comerciantes, niños, ciclistas, vehículos motorizados y otros medios de locomoción muy versátiles, propios a maniobrar en medio de esa explosión de vida. E incluso forman parte de ese escenario algunos animales, que vagan por la ciudad en busca de un lugar más fresco para descansar, huyendo del sol abrasador.

Así ambientado, le invito al lector a que me acompañe en un paseo por esas vías, una tarde especialmente caliente.

La escena que contemplamos nos sugiere al espíritu un pensamiento a primera vista inusual: «¡Madre mía, qué nostalgias del paraíso!». Y no piense que se debe al calor inclemente o a la larga caminata. En realidad, aún no he mencionado un detalle que hace especialmente atractivo el conjunto ya descrito… Se trata del vestuario más usado por las mujeres en todo el país: el sari.

Para quien está habituado al monopolio sombrío de la ropa fabricada en serie, en que la tristona gama de colores grises desalojó al *pulchrum* de los colores, las mujeres indias envueltas en sus saris figuran como damas sacadas de un cuento de hadas, vestidas con lujo, elegancia y el encanto peculiar de Oriente, donde lo práctico y la belleza se funden con la sublimidad.

El sari es una vestimenta milenaria que consiste básicamente en una larga pieza de tela, en general de seda, que puede tener entre seis y ocho metros de longitud. Se utiliza atada de modo típico en la cintura, con una de sus puntas acomodada sobre el hombro. Hay registros en los que consta que el sari se remonta a dos milenios antes de Cristo y que tintes cuyo proceso de elaboración data de esa época son utilizados aún hoy día para la confección de los tejidos. Por increíble que parezca, gana en funcionalidad si lo comparamos a muchas ropas que poseemos: al mismo tiempo protege del calor los días calientes del verano y abriga durante el invierno.

El colorido de los saris puede ser perfeccionado con adornos en oro y detalles bordados con hilos de plata, o incluso con sencillos dibujos estampados. Existen más de ochenta tipos de esos tejidos, cuyas variaciones dependen también de las tradiciones de cada región india. El encanto, no obstante, es el punto en común de todos ellos, que parece recubrir a quien los viste de la luminosidad y de la gracia que envolvían los cuerpos de Adán y Eva en el paraíso.

¡Ah, qué nostalgias de aquella inocencia y unión con el mundo sobrenatural existentes en el jardín de Edén, cuyo destello vislumbramos cuando ante nuestros ojos está un sari! Estos «luminosos» tejidos tal vez sean un resquicio de la belleza de las pieles con que el divino Sastre confeccionó, con tanto amor e indulgencia, los trajes que cubrían la vergüenza del pecado de nuestros primeros padres… Nos recuerdan el salmo que dice: «Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto» (Sal 103, 1-2).

Al terminar nuestro paseo por las calles de la India, surge en nuestra mente una conclusión: mucho más que adornar a una mujer, el sari enaltece la dignidad del ser humano, creado a imagen y semejanza del Altísimo. Y si trasponemos la maravillosa panoplia de los seres salidos de sus manos, encontraremos en el ápice la criatura perfectísima, en la cual se concentran todas las bellezas y cuyas cualidades no se pueden enumerar: María Santísima. Entonces entenderemos con cuánta razón el Apocalipsis la describe como «una mujer vestida del sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (Ap 12, 1). ✧

Mujeres con el sari: 1 - Estudiante del Colégio Arautos do Evangelho Internacional, Caieiras (Brasil); 2 y 4 - Familia fotografiada con motivo de una boda em Kerala (India); 3 y 5 - Cooperadora de los Heraldos del Evangelio en Ontario (Canadá)

Un varón en la plenitud del término

San Luis IX, rey de Francia, representó, con una plenitud que pocas veces se ha encontrado en la Historia, al varón católico como la Iglesia desea que él sea, al laico que vive en el siglo y lleva hasta la más alta perfección el cumplimiento de los Mandamientos de la Ley de Dios. De tal manera que, mezclado con todos, no obstante, los superó a todos.

Fue un varón en la plenitud del término, para demostrar que el hombre debe ser santo en la vida cotidiana. Un varón al mismo tiempo fuerte y bondadoso; justo, equitativo, pero por eso mismo consciente de sus derechos; que sabe hacerse temer y respetar, así como darle a cada uno lo que es suyo. Fue el rey sumamente confiado, hasta la candidez; sumamente experto, hasta el extremo.

San Luis realizó el «summum» de la majestad humana, al probar que un rey puede ser grande e imponerse, no sólo porque está en el trono y rodeado de toda pompa regia, sino porque es un varón católico.

Plinio Corrêa de Oliveira

Sergio Hollmann / Gustavo Kralj

San Luis IX
Sainte-Chapelle, París